



ANTOLOGÍA ZEN

**CIEN HISTORIAS
DE ILUMINACIÓN**

**Versión y recopilación de
Thomas Cleary**

**ARCA DE
SABIDURÍA**



ANTOLOGÍA ZEN

Cien historias de iluminación

Versión de Thomas Cleary



LIBRERIA
Centro de Orientación Filosófica, s.a.
FUNDADO EN 1959
RIF: J-30386896-7 - NIT:
Edif. Doral México, Av. México Esq. Puente
Brion - Tlf. 575.03.91 - 575.04.91

ARCA DE SABIDURÍA

Título del original inglés:
ZEN ANTICS. 100 STORIES OF ENLIGHTENMENT

Traducido por:
ALFONSO COLODRÓN

Director de la colección:
SEBASTIÁN VÁZQUEZ JIMÉNEZ

© 1993. By Thomas Cleary

© 1995. De la traducción, Editorial Edaf, S. A.

© 1995. Editorial EDAF, S. A. Jorge Juan, 30. Madrid

Para la traducción en español por acuerdo con Shambala Publications, Inc. Boston, MA. (USA)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Depósito Legal: M.40.285-1996
I.S.B.N.: 84-7640-904-4

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Gráficas COFÁS, S. A. - Pol. Ind. Prado Regordono - Móstoles (Madrid)

Índice

	<u>Págs.</u>
<i>Introducción</i>	11
<i>Antología zen</i>	19
La puerta del templo	21
El instructor del gran sacerdote	22
Pureza de corazón.....	23
El viejo vendedor de té	24
Economía	27
El zen en el gobierno	28
Estudiar la mente	28
Indiferencia.....	30
Objetividad.....	30
Zen y el arte de gobernar	31
Limpiar el trasero del Buda	32
Conducta.....	32
El arte de la mente	32
Un despertar.....	33
El punto definitivo	33
Tripas	35
«No os inquietéis»	35
Ganar sin intentarlo.....	37

	<i><u>Págs.</u></i>
La semilla de la práctica del zen	74
Las últimas palabras.....	75
La decadencia y el resurgimiento del zen	76
Independencia	77
Las últimas palabras.....	78
Nacimiento y muerte	79
Un hereje reformado.....	79
Un sabio excéntrico	82
Erudición zen	83
Largo viaje hacia casa	84
Un Buda borracho	90
El Maestro del detalle sutil	94
La budeidad en esta vida	96
Reconocimiento prematuro.....	97
La gran obra	98
Severas medidas	101
Aprendiendo cómo aprender.....	101
Una equivocación	102
Hablar y escuchar.....	104
La undécima hora	105
La túnica de piedra.....	106
Algo de nada.....	106
El budismo y el mundo	108
La tierra pura del mental puro	111
La aurora de la verdad.....	112
Qué clase de guerrero	113
Rostro de acero.....	115
Penetrar en el zen	116
Satisfacción	121

	<i><u>Págs.</u></i>
Un retiro zen	40
La fundación de un templo	41
Enseñar zen	42
El fallecimiento de un Maestro	43
Una lámpara solitaria.....	43
Mejor que flores.....	45
Comunicación.....	45
Realidad.....	46
Un Buda sanador	47
Vergüenza y conciencia	48
Zen en acción	50
Oculto virtud, manifiesta recompensa	51
Vaciar el infierno	53
La religión de cada día	54
Relaciones sociales	55
Noche de lluvia	56
La puerta de la compasión.....	58
La formación de una escuela.....	59
Mente y esencia.....	60
Mal carácter	61
Meditación en posición sentada	62
La Vía hacia la Vía.....	64
Liberación.....	65
Un despertar.....	67
Todavía vivo.....	69
Sufrimiento inútil e incredulidad	70
Confesiones de un Maestro zen.....	71
Mente y montaña.....	72
Un rigorista	73

	<i>Págs.</i>
El sonido de una mano aplaudiendo	122
El amante de la naturaleza	124
Un inocente	125
La primera piedra	127
Realidad y engaño	128
Respeto	129
Sondear la fuente	130
Tres clases de mendicantes	135
Mira dentro de tu mente	135
Sin distracción	137
Vencer a un matón	138
La mente de los sabios	143
El arte del arte	143
Los textos zen	144
Elegancia	146
Resolución	147
El buen corazón	148
Un poeta	149
El ex abad	150
La religión original	153
Curar la enfermedad del zen	154
Zen en la vida cotidiana	158
Ningún desperdicio	160
Líneas directrices	161
Instructor de una nación	162
El loto en el fango	163
La gran muerte	163
El zen y el mundo	165

Introducción

El budismo zen es la ciencia del despertar de la mente, un arte de iluminación espiritual. Practicado en Extremo Oriente en una amplia variedad de formas por personas de muy diversas culturas y condiciones sociales, el zen no es un cuerpo de dogmas, sino una vía de clarificación y aumento de la conciencia.

Se dice que el zen es «una transmisión especial no doctrinal, ni definida por formulaciones literales, sino que apunta directamente a la mente humana en pos de la percepción de su esencia y de la realización de la iluminación». Conocida antiguamente como la escuela del corazón iluminado, la puerta hacia la fuente, y la comunicación pura del espíritu a través del espíritu, el zen absorbió e impregnó el vasto espectro de las prácticas y enseñanzas budistas, concentrándose al mismo tiempo en las claves de su realización práctica.

Todas las enseñanzas budistas se preocupan de una o dos de las facetas fundamentales del budismo: autoayuda y ayuda a los demás, sabiduría y compasión. Estas dos fases del budismo

se llevan a cabo mediante prácticas que complementan lo que se conoce como las seis y las diez perfecciones o vías trascendentes.

El significado de estas líneas generales pueden mantenerse en la mente mediante un juego de palabras, con la palabra original sánscrita para perfección, *pāramitā**, que literalmente significa «haber alcanzado la meta», o «haber ido más allá». En esencia, los *pāramitās* pueden ser llamados *parámetros* del budismo, los valores característicos que subyacen en todos los sistemas budistas.

La fase de autoayuda del budismo se caracteriza por los seis *pāramitās* que consisten en dar, disciplina, paciencia, energía, meditación y percepción interna.

En el budismo se definen tradicionalmente tres clases de dar: dar ayuda material, dar seguridad y dar educación. Dar significa también abandono, no apego.

Existen también tres clases principales de disciplina tradicionalmente definidas: la disciplina de abstenerse del mal, la disciplina de la virtud constructiva y la disciplina asociada con la concentración. El zen enseña también la disciplina sin forma de la mente.

* Terminio budista en lengua pali, que significa *perfección*. (N. del T.)

En el budismo se practican muchas clases de paciencia, incluida la de tolerar el desprecio y el abuso; la paciencia implica aceptar verdades dolorosas, y la paciencia se requiere para aceptar la verdad esencial.

La energía hace referencia a la perseverancia y al heroísmo espiritual que se necesita para romper y atravesar los límites del condicionamiento, liberar la mente de las limitaciones innecesarias del hábito y realizar su potencial.

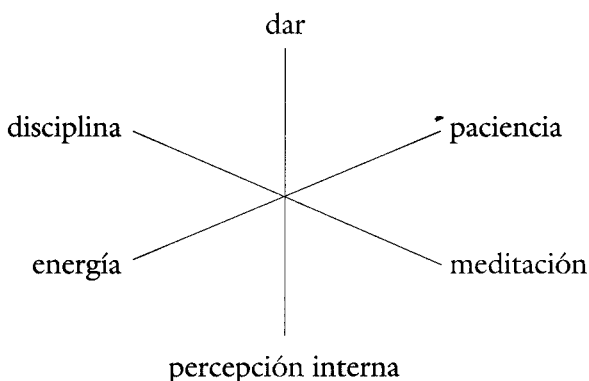
La meditación es necesaria para agrupar la atención y centrarla con una profundidad y en un grado suficientes que posibiliten al que la practica alterar voluntariamente la percepción y la experiencia del yo y del mundo. En el budismo, la ciencia de la meditación ha sido elaborada y perfeccionada en un grado excepcional con innumerables métodos diseñados para adecuarse a las necesidades de personas de toda clase de potencial y capacidades.

La percepción interna se refiere normalmente en el budismo a una clase especial de conocimiento, un sentido precognitivo o intuitivo de la esencia de las cosas, que funciona de manera espontánea e instantánea sin que intervenga una actividad de razonamiento lineal. Éste posibilita a toda la mente operar en un nivel superior de objetividad e integridad, liberando al individuo del error.

Existen innumerables variantes de las prácticas de los seis *pāramitās*, dependiendo de las necesidades de la persona de que se trate. En cada caso,

no obstante, han de ser combinados para producir el efecto deseado. Así, mientras que los seis *pāramitās* pueden verse en algún sentido como una serie sucesiva, han de entenderse más propiamente como un conjunto, que puede ser representado como en un círculo. En las primeras etapas de la práctica, las seis perfecciones pueden considerarse como si funcionasen en pares complementarios.

Más adelante, las prácticas y realizaciones de todos y cada uno de los seis *pāramitās* se integran con las de todos los demás, complementándolos y perfeccionándolos. En la sabiduría popular zen, la apertura de la percepción interna se menciona como el despertar o la iluminación, pero sólo señala una fase en la que puede comenzar una integración más elevada de los seis *pāramitās* en la experiencia real, no la perfecta iluminación suprema de la que hablan las Escrituras budistas.



Esa perfecta iluminación suprema se realiza mediante un programa más avanzado de diez *pāramitās*, que continúa para desarrollar la capacidad de alcanzar no sólo suficiente iluminación para uno mismo, sino la mayor iluminación para liberar a los demás.

Los diez *pāramitās* incluyen los seis previos, añadiéndoles cuatro perfecciones más elevadas de creciente sofisticación, conocidas como habilidad en los medios, los votos, el poder y el conocimiento.

Habilidad en los medios se refiere a la capacidad de idear y emplear técnicas apropiadas para liberar e iluminar a otras personas. Durante muchos siglos, el budismo ha empleado numerosos recursos de este tipo para adecuar las necesidades y potenciales de toda clase de tipos psicológicos individuales y colectivos en cada fase de la civilización humana.

Los votos, o compromiso, consisten en el uso de la voluntad dirigida con el propósito de asociar la conciencia individual a la totalidad del budismo, uniendo el desarrollo personal y el bienestar de los demás en una continuidad inseparable. En los escritos budistas se describen muchos votos típicos de bienestar, liberación e iluminación, pero todos ellos se basan en los mismos principios fundamentales.

El poder se refiere al despertar de capacidades superiores y de dones espirituales con el pro-

pósito de fortalecer la acción de la dinámica total de los diez *pāramitās*. Aunque se considera que estas capacidades son intrínsecas a todas las personas y que estos dones se derivan de algo de lo que todo el mundo está dotado, también se considera, no obstante, que en el mundo están veladas por los engaños y los apegos y, por ello, son solamente útiles en armonía con la práctica real de los otros nueve *pāramitās*.

El conocimiento, como décimo *pāramitā* del budismo, es de un alcance de tal vastedad que apenas puede ser definido en todas sus particularidades y ramificaciones. En él está incluido el conocimiento de todas las artes y las ciencias del estado despierto, la comprensión de sí mismo y la libertad; el percibir y distinguir las verdades absolutas, relativas y convencionales; el conocimiento de armonizar la intuición, la imaginación y la razón, y el conocimiento de la vida con metas y de la acción útil, con la capacidad de adaptarse a todas y a cada una de las circunstancias.

Por sus funciones cooperativas dentro de una dinámica totalmente integrada, también es conveniente representar los diez *pāramitās* como un círculo o una esfera. La aplicación práctica de los diez *pāramitās* puede ser visualizada, también en este caso, empezando con los pares complementarios que se hallan en las puntas opuestas de cinco diámetros o planos y que alcanzan la per-

fección con la plena interpenetración de los diez *pāramitās*.

A causa de la infinita riqueza y complejidad de la experiencia de los diez *pāramitās*, se desarrollaron innumerables métodos para enseñarlos e integrarlos. Entre sus muchas técnicas, el zen es particularmente conocido por su utilización de historias altamente condensadas para imprimir la mente con huellas de los diez *pāramitās*, que conducen de manera inductiva al buscador a una visión y experiencia maduras e integradas de su dinámica completa.

Estos relatos no son forzosamente históricos, tal como se concibe convencionalmente la Historia. Como le ocurre a ésta, la Historia del zen no está realmente escrita en libros, y no hay manera de contornear este hecho mediante la historiografía convencional. El propósito real de las historias zen no es el de documentar acontecimientos del pasado, sino en producir un efecto en el lector y, de este modo, éste constituye su verdadera historia.

Definitivamente, estas historias tampoco son representaciones de modelos de conducta, tal como se entiende ordinariamente este término. Los personajes de las historias vienen de mundos que no existen y, por tanto, no tienen valor como modelos de conducta en un sentido contemporáneo.

Sin embargo, los principios y prácticas que representan los diez *pāramitās* del budismo exis-

ten y pueden aplicarse. Han de ser realizados y aplicados hoy día como lo han sido siempre, aquí como en cualquier lugar, de una manera adecuada a las condiciones y necesidades particulares del momento, el lugar y las personas de que se trate.

THOMAS CLEARY

ANTOLOGÍA ZEN

La puerta del templo

Había una vez un hombre rico, llamado Hei-zayemon, que se esforzaba por alcanzar en su vida las virtudes recomendadas por los antiguos sabios.

Como hombre serio y estudioso, Hei-zayemon solía gastar con liberalidad parte de su riqueza en actos de benevolencia, de caridad y de ayuda a los pobres.

Muchos niños de familias menesterosas eran rescatados gracias a su intervención, y personalmente financiaba la construcción de numerosos puentes y caminos en su provincia para beneficio de la gente.

Cuando murió, Hei-zayemon estipuló en su testamento que su legado fuera utilizado para continuar obras de beneficencia generación tras generación, lo cual fue cumplido por sus hijos y por sus nietos.

Se dice que un día apareció en la puerta de Hei-zayemon cierto monje budista. Parece que este religioso había oído hablar de la generosa y abundante magnanimidad de este hombre, inhabitual entre los ricos de aquella época, y había ido para pedirle dinero con el objeto de construir la puerta de un templo.

El filántropo se rió en la cara del monje y le dijo: «Yo ayudo a la gente porque no puedo soportar verla sufrir. ¿Qué tiene de malo un templo sin puerta?»

El instructor del gran sacerdote

Érase una vez cierto gran sacerdote de una secta zen cuyo benefactor no era otro que el gobernador de una provincia. Cuando fue a la capital a visitar al gobernador a su residencia oficial, el gran sacerdote viajó, en consecuencia, con toda comodidad con una amplia comitiva y mucha fanfarria.

Sucedió durante dicho viaje que los jinetes quisieron comprar nuevo calzado en un lugar en el que la comitiva se había detenido a descansar. Por recomendación de los portadores, se llamó a un anciano del que dijeron que hacía muy buenas sandalias de paja.

Entonces, cuando dicho anciano llegó con algunas sandalias nuevas para los jinetes, el gran

sacerdote le vio a través de la ventana de su palanquín y casi se desmayó.

El anciano artesano de sandalias no era otro que Tōsui, el iluminado Maestro zen que había sido anteriormente su propio instructor* durante muchos años, antes de que desapareciera misteriosamente del templo.

Saliendo precipitadamente de su palanquín aturdido y confundido, el gran sacerdote se postuló ante el anciano y le presentó sus respetos con la máxima de cortesía.

Tōsui fue amable con él y le habló de los viejos tiempos; pero cuando partieron, el Maestro le dijo al sacerdote: «No te dejes intoxicar por la asociación con nobles.»

Pureza de corazón

Una vez, un grupo de mendigos leprosos llegaron a la asamblea del Maestro zen Bankei, un instructor de masas de gran corazón. Bankei los

* A lo largo del texto, Maestro con mayúscula traducirá la palabra inglesa *Master* —en el sentido de líder religioso o persona iluminada con discípulos—, e instructor, la palabra *teacher* —en el sentido de guía—. En muchas ocasiones, el autor las utiliza indistintamente, atribuidas al mismo personaje, probablemente para evitar repeticiones y aligerar el texto. (N. del T.)

admitió en su compañía, y cuando los inició, incluso los lavó y les afeitó las cabezas con sus propias manos.

Dio la casualidad de que se encontraba presente cierto caballero, representante de un barón que tenía fe en Bankei y que ya había construido un templo en su provincia, donde el instructor podría entrenar a sus discípulos y dirigirse al pueblo.

Repugnado ante la vista del Maestro zen afeitando las cabezas de los intocables, el caballero llevó apresuradamente una palangana de agua para que Bankei se lavara las manos.

Pero el Maestro la rechazó, haciendo la siguiente observación: «Tu repugnancia es más inmunda que sus llagas.»

El viejo vendedor de té

Había una vez un anciano que solía gestionar una sala flotante de té al aire libre en los bellos parajes de los alrededores de Kioto, antigua capital imperial de Japón.

En primavera buscaba los lugares en los que las flores eran más hermosas, y en otoño encontraba zonas en las que había el mejor follaje; allí sacaba sus útiles de té y colocaba asientos para esperar a los excursionistas que disfrutaban de las vistas.

Los estetas de Kioto estaban encantados y solían reunirse donde montaba la tetería. No pasó mucho tiempo antes de que el Viejo Vendedor de Tés llegara a ser muy conocido en la capital.

Pocas personas sabían que el anciano era un Maestro zen de incógnito. Estudiante de zen desde su infancia, había visitado instructores budistas a lo largo de todo el país. Permanentemente de viaje, carecía de propiedades materiales y se dedicaba por completo al estudio del budismo.

Después de alcanzar el despertar zen, había hecho el compromiso de estudiar y autoperfeccionarse para siempre, con el objeto de evitar desviarse del sendero hacia la total iluminación por asumir prematuramente una condición de autoridad.

Tras sus amplios viajes, el Maestro regresaba a su lugar de origen para ayudar a su primer instructor de zen. Cuando éste murió, el Maestro nombró a uno de sus discípulos para heredar la abadía.

Él mismo desapareció y fue a Kioto, dejando tras sí para siempre el cargo monástico. En aquel momento dijo: «El que sean correctos los propios medios de vida es una cuestión de espíritu, no de apariencias. No quiero aprovecharme del hábito de monje para vivir a costa de las limosnas de los demás.»

Así, empezó a vender té para mantenerse. Solía decir bromeando a la gente: «Soy pobre y carezco de medios para comer carne. Soy viejo y no puedo satisfacer a una esposa. La manera de vivir de un vendedor de té es adecuada para mí.»

Más adelante, el Maestro quemó todos sus útiles de té y se retiró.

Finalmente, murió en una ermita en el año 1763, a la edad de ochenta y nueve años.

Cuando instalaba la tetería, el anciano solía colgar el siguiente cartel:

«El precio del té es cuanto me dés, desde cien libras de oro hasta medio céntimo. Puedes incluso beber gratis si quieres; pero no te puedo hacer una oferta mejor que ésta.»

Cuando al final quemó sus utensilios y se retiró, éstas fueron sus palabras a su canasta de acarreo:

«Siempre he estado solo y he sido pobre, sin un pedazo de tierra ni una azada. Me has ayudado durante muchos años, acompañándome a las montañas de primavera y a los ríos de otoño, vendiendo té bajo los pinos y a la sombra de los cañaverales de bambú. Así pues, no me ha faltado dinero para comer y he pasado de los ochenta años.

»Pero ahora soy tan viejo que no tengo la fuerza para utilizarte más. Ocultando mi cuerpo en la Estrella Polar, estoy a punto de acabar mis

días. Por miedo a que seas deshonrada en el futuro por manos mundanas, te recompenso con el Trance del Fuego: transfórmate ahora en medio de las llamas.

»¿Cómo podemos expresar esta transformación? Consumido el fuego, despejada la eternidad, todo queda consumado; pero las montañas verdes están ahí como siempre en medio de las blancas nubes. Ahora te confío al espíritu del fuego.»

Economía

Sōkai era tan pobre que no poseía más ropa que una sola túnica, que llevaba a lo largo de todo el año, en toda estación.

Un día de verano, Sōkai lavó su túnica y la colgó en un árbol para secarla. Entre tanto, mientras estaba esperando a que su túnica se secase, fue a sentarse en el cementerio que se hallaba detrás del templo, tal como vino al mundo.

Dio la casualidad de que el señor de la provincia estaba visitando la tumba de su padre, en el mismo cementerio, el mismo día. No es necesario decir que quedó totalmente desconcertado al ver a un monje desnudo sentado allí entre las tumbas.

Cuando el señor le preguntó qué estaba haciendo, Sōkai le explicó sinceramente la situa-

ción. Enternecido por su candor, el señor hizo que le cosieran un juego de ropa. Más adelante, cuando Sōkai ya se había convertido en un instructor zen, el señor se hizo su discípulo.

El zen en el gobierno

Un día, el gobernador de cierta provincia preguntó al Maestro zen Shōsan acerca de lo esencial del budismo.

El Maestro le dijo: «Es esencial para ti abarcar toda la provincia en su completa totalidad. No puedes hacerlo si eres flojo. Permanece profundamente atento en cada situación, y adopta tus decisiones oficiales con bondad y compasión.

»Así, avanzando constantemente, podrás distinguir la naturaleza de la gente y llegar a conocerla. En general, si un dirigente es estrecho de miras y no es capaz de distinguir la naturaleza de las personas, encontrará ofensivas muchas cosas. Entonces su estado de humor se exaltará y disputará con los estados de humor de los demás. ¿No es esto estúpido?»

Estudiar la mente

Los Estudios de la Mente constituyeron un movimiento seglar de autodesarrollo influenciado

por el zen. Cierta día, un seguidor de los Estudios de la Mente acudió al Maestro Shōsan para preguntarle acerca de lo esencial del budismo.

El Maestro zen dijo: «El budismo no consiste en utilizar tu intelecto discursivo para gobernar el cuerpo. Consiste en utilizar exclusivamente el momento inmediato presente, en no malgastarlo, sin pensar en el pasado o en el futuro.

»Es por ello por lo que los antiguos exhortaban a la gente, en primer lugar, a ser cuidadosos con el tiempo: esto quiere decir vigilar estrictamente la mente, echar todo afuera, sea bueno o malo, y desapegarse del ego.

»Además —continuó el Maestro zen—, para reformar la mente es bueno observar el principio de causa y efecto. Por ejemplo, aunque otros nos odien, no debemos guardarles resentimiento; debemos criticarnos a nosotros mismos, considerando por qué la gente habría de odiarnos sin razón alguna y aceptando que debe existir en nosotros un factor causal, e incluso que deben existir en nosotros otros factores causales, aunque aún desconocidos.

»Manteniendo que todas las cosas son efectos de causas, no hacemos juicios basados en ideas subjetivas. En conjunto, las cosas no ocurren de acuerdo con ideas subjetivas; suceden de acuerdo con las leyes de la Naturaleza. Si mantienes la conciencia de esto, tu mente se volverá muy clara.»

Indiferencia

El instructor nacional Daitō Kokushi, cuyo nombre honorífico significa «Gran Faro, Instructor de la Nación», fue uno de los fundadores de la famosa escuela Ō-Tō-Kan del zen Rinzai. Murió en el siglo XIV.

Conforme con la costumbre de las antiguas escuelas zen, Daitō desapareció del monasterio tras su iluminación, para madurar su realización oculto en medio del mundo.

Pasaron varios años antes de que fuese descubierto viviendo bajo un puente de Kioto, en compañía de los mendigos sin hogar. De ahí se convirtió en un instructor del emperador.

Daitō escribió una vez un poema acerca de su vida como desheredado:

*Cuando te sientas en meditación,
ves a la gente
ir y venir
por la avenida del puente
como árboles que crecen montaña adentro.*

Objetividad

El Maestro zen Tenkei fue considerado uno de los ocho grandes adeptos budistas de su tiem-

po. Maestro de todas las escuelas, Tenkei contribuyó a hacer revivir el zen a principios del siglo XVIII a través de sus muchos discípulos iluminados y de sus numerosas obras en estilo clásico y contemporáneo.

Una vez Tenkei citó el famoso poema del Instructor Nacional Daitō y ofreció un poema propio:

*Cuando te sientas en meditación,
ves a la gente
ir y venir
por la avenida del puente
tal como son.*

Zen y el arte de gobernar

Cierto señor solía acudir al Maestro zen Tenkei a preguntarle acerca de la esencia del budismo. Cuando el Maestro estaba a punto de morir, el señor le envió un mensaje para interesarse por él. Tenkei le reenvió el mensaje con esta nota:

«Llevar un hogar y gobernar un Estado también son prácticas religiosas. Ten cuidado en desarrollar las políticas humanas, para que haya verdad y armonía entre gobernante y gobernados. Éste es mi último consejo.»

Limpiar el trasero de un Buda

En el grupo del Maestro zen Hakui había un monje loco que pensaba que su ser había alcanzado la identidad del Buda. Arrancaba las escrituras budistas y usaba sus páginas como papel de retrete.

Otros monjes le llamaban la atención por ello, pero él no hacía caso, y replicaba con altanería: «¿Qué hay de malo en usar las escrituras budistas para limpiar el trasero de un Buda?»

Entonces, alguien repitió esto al Maestro Hakuin, quien preguntó al monje loco: «Dicen que estás utilizando las escrituras budistas como papel de retrete. ¿Es esto verdad?»

El monje loco dijo: «Sí. Yo soy un Buda. ¿Qué hay de malo en usar las escrituras budistas para limpiar el trasero de un Buda?»

Hakuin dijo: «Estás equivocado. Puesto que se trata del trasero de un Buda, ¿por qué utilizar papel viejo ya escrito? Deberías limpiarlo con papel limpio en blanco.»

El monje loco se avergonzó y pidió disculpas.

Conducta

Un monje preguntó al Maestro zen Bankei: «¿Verdad que es inofensivo bromear en momentos espontáneos de frivolidad?»

Bankei dijo: «Está bien si quieres perder la verdad.»

El arte de la mente

Cierto señor acudió a preguntar al Maestro Bankei acerca del «arte de la mente» zen. En lugar de acoger su pregunta, Bankei reprendió al señor diciendo: «Creo que despediste a un estudiante seglar porque no reconociste su valía. ¿Cómo puedes siquiera preguntar acerca del arte de la mente zen?»

Un despertar

El Maestro zen Setsugen dijo a su estudiante Jijō: «Si meditas concentrado sin interrupción durante siete días y siete noches y aun así no alcanzas la realización, puedes cortar mi cabeza y hacer de mi cráneo un cucharón.»

No mucho después, Jijō cayó enfermo de disentería. Tomando un cubo se fue a un lugar retirado, se sentó en él y mantuvo su atención en perfecto estado de lucidez consciente.

Cuando ya había estado sentado en el cubo siete días seguidos, una noche tuvo repentinamente la sensación del mundo entero como un paisaje nevado bajo una brillante luz de luna, y

sintió como si el universo entero fuera demasiado pequeño para contenerlo.

Había estado absorbido en este estado durante un largo tiempo cuando fue sorprendido al oír un ruido. Descubrió su propio cuerpo corriendo empapado en sudor, y que la enfermedad había desaparecido. Como celebración escribió un verso:

*Radiante, espiritual, ¿qué es esto?
En el instante que parpadeas lo has perdido.
La espátula del retrete brilla con luz;
Después de todo era simplemente yo todo el tiempo.*

El punto definitivo

Al sacerdote zen Taigu se le pidió que se convirtiera en el abad del templo. Una mujer del lugar que había perdido un hijo acudió a pedir al nuevo abad que llevara a cabo los ritos funerarios.

La mujer dijo al sacerdote zen: «Me consideraría muy afortunada de ser favorecida por vuestra compasión. Por favor, decidme dónde ha ido mi hijo.»

Taigu no pudo contestar. La mujer se fue llorando amargamente.

El sacerdote zen se dijo a sí mismo: «Yo pensaba haber alcanzado la realización. La pre-

gunta de esta mujer me ha mostrado que ignoro el punto esencial. ¿De qué vale ser abad en un templo?»

Así pues, Taigu abandonó su posición y se fue, buscando profundizar su comprensión del zen.

Tripas

Cierto señor que había estudiado zen con Bankei era joven y aficionado a las artes marciales. Un día decidió probar las «tripas» del maestro atacándole repentinamente con una lanza mientras éste estaba tranquilamente sentado.

El Maestro zen, con calma, desvió el ataque con su rosario. Después dijo al señor: «Tu técnica no está todavía madura; tu mente actuó primero.»

«No os inquietéis»

Mugaku fue uno de los fundadores del zen en Japón. Nacido en China, experimentó su primer despertar a la edad de doce años, cuando oyó un poema mientras visitaba un templo en el campo con su padre:

*Las sombras del bambú barren las escaleras,
pero ni una mota de polvo se agita;
La luz de la luna atraviesa las profundidades del
[estanque,
sin dejar huella alguna en el agua.*

Cuando las hordas mongolas de Kublai Khan invadieron el sur de China en 1275, Mugaku se escapó de los disparos de la batalla; pero cuando la provincia en la que se había refugiado fue tomada al año siguiente, dejó de huir.

Cuando los guerreros mongoles invadían el recinto del monasterio en donde Mugaku estaba sentado, todos los demás monjes y trabajadores del monasterio se escondieron como ratones en sus madrigueras.

Los guerreros se acercaron donde estaba el Maestro zen sentado solo en la sala y le pusieron sus espadas en el cuello. Totalmente sereno, Mugaku cantó con calma un poema:

*En todo el universo, ni siquiera tengo
suficiente terreno para colocar un solo bastón;
Afortunado es haber descubierto
hueca la personalidad y vacíos los fenómenos.
¡Adiós, espadas del imperio mongol!*

Conmovidos por la compostura exenta de temor del Maestro zen, los soldados mongoles envainaron sus espadas y se fueron.

En el año 1280, Mugaku fue invitado al Japón por Hōjō Tokimune, regente del Shogun. Cuando Tokimune visitó al Maestro zen la primavera del siguiente año, Mugaku escribió al regente un mensaje de tres palabras: «No os inquietéis.»

Cuando Tokimune pidió una explicación, el Maestro zen dijo: «Cuando se junten la primavera y el verano, el sur del Japón se habrá levantado en armas; pero se pacificará en breve, así pues, no debéis preocuparos.»

Cuando llegó el momento, una invasión de mongoles atacó el sur de Japón ese mismo otoño, exactamente como había dicho el Maestro zen. Y tal como el Maestro había predicho, los invasores fueron rechazados y la paz fue pronto restaurada.

Ganar sin intentarlo

La Vía de Ganar sin Intentarlo fue una escuela de artes marciales fundada por un guerrero llamado Tsukahara Bokuden. Una famosa historia sobre él ilustra el nombre y la metodología de su escuela.

Una vez, en el curso de un viaje al este de Japón, Bokuden atravesó una bahía en una pequeña barca que llevaba a otros cinco o seis pasajeros.

Durante el viaje marítimo, todos los pasajeros estaban sentados en silencio, excepto un

hombre grande y corpulento que hablaba en alta voz sin parar, jactándose de sus inigualables poderes en artes marciales.

Al principio, Bokuden intentaba dormitar, sin prestar atención al matón. Al final, sin embargo, cansado de la jactancia del hombre, Bokuden se volvió hacia él y dijo: «Bueno, hemos oído toda clase de historias tuyas, ¿verdad? Lo que no entiendo de ellas son los elevados relatos sobre artes marciales. Yo mismo he practicado artes marciales desde joven, ejercitándolas de acuerdo con las formas establecidas, pero hasta ahora nunca he pensado en intentar derrotar a nadie. Todo lo que he trabajado es cómo intentar evitar perder con cualquiera.»

Al oír esto, el hombre tosco preguntó: «¿Qué escuela de artes marciales sigues?»

Bokuden respondió: «Ganar sin Intentarlo, o la Vía de No Perder.»

El hombre replicó: «Si se trata de ganar sin intentarlo, por qué estás armado con dos espadas.»

Bokuden respondió: «Las dos espadas de “comunicar la mente por la mente” rompen el punto de engaño y cortan los brotes de pensamientos erróneos.»

Al oír esto, el matón desafió a Bokuden a un combate, diciendo: «Entonces, si tenemos un duelo, ¿ganarás sin intentarlo?»

Bokuden dijo: «En este caso, aunque la espada de mi corazón es una espada dadora de vida,

en tanto que mi oponente sea un mal hombre, se convierte en una espada que maneja la muerte.»

Entonces, el hombre arrogante no pudo contener más su creciente cólera. Ordenó al barquero tomar tierra de una vez para que Bokuden y él pudieran salir.

Bokuden hizo subrepticamente una señal al barquero con los ojos, y después dijo al fanfarrón: «La línea de la costa es un puerto muy transitado, demasiado abarrotado para un duelo. Te enseñaré la Vía de Ganar sin Intentarlo Mediante No Perder, allá a lo lejos, en aquella isleta del promontorio que se ve allí arriba. Aunque estoy seguro que las demás personas de esta barca tienen prisa por llegar a su destino, si insistes tanto, podríamos igualmente tener un duelo.»

Así pues, el barquero remó hasta una isleta, a cuya costa saltó el matón, desenvainando su larga espada. Entonces, gritó a Bokuden: «¡Ven, ven! ¡Te rajaré la cara en dos pedazos!»

Todavía dentro de la barca, Bokuden contestó: «Espera un momento. La Vía de Ganar sin Intentarlo nos exige calmar la mente.» Diciendo esto, Bokuden sacó sus espadas de su cinturón y se las pasó al barquero, tomando a cambio la pértiga de la barca.

Por un momento parecía que Bokuden iba a llevar la barca a la orilla; pero, de repente, dirigió la pértiga en sentido contrario y empujó la barca hacia el agua.

Al ver esta maniobra, el matón gritó: «¿Por qué no vienes aquí a la orilla?»

Bokuden dijo con una carcajada: «¿Por qué habría de hacerlo? Si tienes una queja, nada hasta aquí y te daré una lección para el camino. ¡Ésta es la Vía de Ganar sin Intentarlo!»

Un retiro zen

El Maestro zen Taigu vivió por un tiempo adentrado en las montañas en la provincia al norte de Kioto. Escribió un par de poemas conmemorando esta estancia:

*No más problemas urbanos,
ni disputas de opiniones:
En otoño barro
las hojas junto al arroyo;
en primavera oigo
a los pájaros en los árboles.*

*Llega la primavera al mundo humano
con vasta y magna bondad;
la eclosión de cada flor
habla ampliamente de un Buda.
Sin saberlo, la nieve restante
se ha fundido por completo.
Miríadas de formas desfruncen sus cejas
al unísono, cual si fueran sólo una.*

La fundación de un templo

Cuando el Maestro Taigu fue a la capital Edo* a mediados del siglo XVII, el mismo Shogun, Tokugawa Iemitsu, expresó su deseo de tener una audiencia con el Maestro zen.

Taigu desapareció la misma noche en que fue llamado para ver al Shogun. Durante diez años no se supo nada de él.

Un otoño, Taigu fue de viaje a bañarse en los manantiales calientes de cierta provincia, para tratar su artritis. Habiendo emprendido el camino a través del País Nevado, el Maestro zen pasó el invierno como invitado en la casa de un piadoso budista seglar.

Dio la casualidad de que el distinguido Maestro zen Gudō, que era un viejo amigo de Taigu, también fue a visitar la misma casa.

Entonces, cuando el gobernador de la provincia se enteró de la presencia de estos dos grandes veteranos zen en sus dominios, les invitó a su mansión para hablar sobre la Enseñanza.

Padeciendo artritis y rigidez en ambas piernas, Taigu solía sentarse en un grueso almohadón. Cuando él y Gudō fueron anunciados en la sala de recepción de la mansión del gobernador,

* Fortaleza y núcleo a partir de donde empezó a construirse la ciudad actual de Tokio. (*N. del T.*)

para su gran sorpresa el mismo gobernador colocó un grueso almohadón en el asiento de Taigu, siendo consciente de su enfermedad y tratándolo con gran consideración.

Gudō observó: «Gobernador, sois muy perceptivo, pero temo que no viviréis mucho.»

El rostro de Taigu enrojeció y dijo: «Este viejo compañero Gudō no distingue lo bueno de lo malo: aprueba a las personas al azar. ¿Qué sabe un joven inmaduro?»

El gobernador alabó a Taigu, diciendo: «Él es auténticamente adecuado para ser un instructor.»

Como resultado de este encuentro, el gobernador ordenó construir un templo y nombró a Taigu el primer Maestro del mismo.

Enseñar zen

Un día el gobernador de la provincia preguntó al Maestro zen Taigu: «Dicen que *La historia del acantilado azul* es el principal libro zen: ¿Es esto verdad?»

Taigu dijo: «Lo es.»

El gobernador suplicó: «Tened la bondad de exponer uno o dos relatos de este libro.»

Taigu dijo: «Temo que no lo comprenderíais.»

Pero el gobernador siguió rogando, de manera que, finalmente, Taigu dijo en voz alta,

citando el primer relato de ese libro zen: «“No hay santidad en estar vacío”.»

El gobernador dijo: «No entiendo.»

Taigu le respondió: «Después de todo no os podíais mantener imperturbable.»

El fallecimiento de un Maestro

El ilustre Maestro zen Bankei murió en un templo rural en la última década del siglo XVII. Al final, sus discípulos le pidieron un poema de despedida, conforme a la antigua costumbre zen.

El Maestro dijo: «He estado en este mundo durante setenta y tres años, de los que he pasado cuarenta y cuatro años enseñando zen para liberar a los demás. Todo lo que os he indicado durante más de media vida es mi poema de partida. No hay otro poema de partida que componer. ¿Por qué imitáis a todos los demás y lo confesáis en mi lecho de muerte?»

Dicho esto, el gran Maestro zen Bankei expiró, permaneciendo sentado perfectamente erguido.

Una lámpara solitaria

Sonome era una conocida poetisa y estudiante de budismo. Una vez escribió al Maestro zen

Unkō: «No buscar ni lo real ni lo falso es la fuente del Gran Camino. Todo el mundo lo sabe, de modo que aunque parezca poco modesta por decirlo, no creo que sea nada especial. Como las actividades en la fuente de la propia mente, los sauces son verdes, las flores son rojas. Siendo así, paso el tiempo recitando versos y componiendo poesía. Si esto es inútil charloteo, entonces las Escrituras también son inútil charloteo. Me disgusta todo lo que apeste a religión, y mi práctica diaria consiste en la invocación, la poesía y la canción. Si voy al paraíso, está bien; si caigo en el infierno, es de buen augurio.»

*Por mí misma recuerdo
no buscar la mente;
la verde lámpara ya iluminó
la solitaria lámpara de mi corazón.
En el clamor como en el silencio,
tengo un claro espejo:
él discierne a fondo
los corazones puros entre los humanos.*

*No es algo que exista,
que cualquiera pueda ver y conocer,
ni tampoco es algo que no exista:
tal es la lámpara de la verdad.*

Cuando Sonome estaba a punto de expirar, se despidió del mundo con este poema:

*El cielo de la luna de otoño
y la calidez de primavera:
¿Es un sueño? ¿Es real?
¡Llor al Buda de Infinita Luz!*

Mejor que flores

Una primavera, el poeta compositor de haikus* Bashō decidió hacer una excursión para ver las flores de cierto lugar famoso por su paisaje. Estando en camino, oyó acerca de una pobre joven campesina conocida por su devoción hacia sus padres. Intrigado, Bashō fue a buscar a la joven. Cuando la encontró, le dio todo el dinero que había llevado consigo para sus gastos de viaje. Después, se volvió a su casa sin haber visto las flores.

Dijo: «Este año he visto algo mejor que flores.»

Comunicación

Una vez, cuando el Maestro zen Bankei estaba a punto de dejar un templo en la capital, en el

* Típica composición poética japonesa, que suele componerse de tres versos; los dos primeros sugieren, por regla general, un elemento inmóvil y uno móvil, mientras que el tercero sirve de nexo entre los dos. (N. del T.)

que había enseñado de vez en cuando, llegó un caballero pidiendo que el Maestro pospusiese su partida. Cierta barón tenía una pregunta y quería ver personalmente al Maestro zen al día siguiente para resolverla. Bankei asintió y pospuso su partida.

Sin embargo, al día siguiente, el caballero acudió de nuevo, esta vez con el mensaje de que el barón tenía un asunto urgente que atender y que no podía ir personalmente a ver al Maestro. El barón había pedido al caballero comunicar su pregunta a Bankei, y después llevarle la respuesta del Maestro zen.

Cuando acabó de oír al caballero, Bankei dijo: «Este asunto del zen es difícil de transmitir y incluso mediante pregunta directa y directa respuesta; es aún más difícil de transmitir mediante mensajero.»

El Maestro zen no dijo nada más. Quedándose sin habla, el caballero salió y se marchó.

Realidad

El Maestro zen Tenkei solía amonestar a sus seguidores: «Debéis ser auténticos en todo. Nada que sea auténtico en el mundo deja de ser auténtico en el budismo, y nada que no sea auténtico en el budismo es auténtico en el mundo.»

También decía: «Ved con vuestros ojos, escuchad con vuestros oídos. Nada en el mundo está escondido; ¿qué me haríais decir?»

Un Buda sanador

Tomomura Yūshōshi, «Amigo de los Pinos», era de Nagasaki, que en aquellos días era el único puerto de Japón abierto al comercio extranjero. Se dice que Yūshōshi había nacido de una relación entre un mercader chino y una prostituta local. Cuando emprendió sus actividades como médico y era cuestionado acerca de sus orígenes, Yūshōshi simplemente escribía que era el hijo de una prostituta de Nagasaki. La gente lo alababa por su honradez y fuerza de carácter.

Según las anotaciones escritas por sus estudiantes, a Yūshōshi no le preocupaban la reputación ni el beneficio, sino que apreciaba lo virtuoso y despreciaba lo inmoral. Interesado por el budismo y con una inclinación natural por sus enseñanzas, su dedicación predilecta era sanar a la gente y salvar vidas. Para ello, estudió las artes médicas taoístas, así como las artes psicológicas de los practicantes chinos, y después meditó día y noche durante tres años hasta alcanzar la comprensión.

Yūshōshi proporcionaba tratamiento médico cuando se lo pedían, con notables resultados. Empezó en Kioto antes de cumplir los treinta

años y fue el invitado agasajado por los barones de todo el país. También se dice que fue elogiado por el fundador y patriarca de la secta Ōbaku, escuela zen china que había sido trasplantada a Japón recientemente.

Yūshōshi también era versado en adivinación, geomancia y astrología. Se dice que enseñaba estos temas a sus estudiantes, de acuerdo con sus respectivas capacidades.

Una de las particularidades de Yūshōshi era la de decir exactamente lo que pensaba en las discusiones con los demás médicos, ya fueran amigos o desconocidos. Si veía que estaban equivocados, les explicaba por qué él pensaba como pensaba, dirigiéndose a ellos sin ninguna vacilación. Si oía que alguien decía algo erróneo, discutía abiertamente. Él mismo afirmaba que lo hacía para ayudar a los demás. En todo caso, y como consecuencia, algunos doctores lo consideraban loco y otros lo consideraban simplemente demasiado directo. Algunos lo alababan y otros lo criticaban.

Vergüenza y conciencia

Existía cierto comerciante que estaba profundamente impresionado por la elevada virtud del monje zen Hakuin. De vez en cuando solía hacer presentes al monje en dinero y en especies.

Dio la casualidad de que la hija del comerciante tuvo un romance con un criado de la familia, del que resultó el nacimiento de un niño. Cuando el encolerizado comerciante pidió una explicación, su hija dijo que había sido embarazada por el monje Hakuin.

El comerciante montó en cólera: «¡Y pensar que durante diez años di limosnas a un diablo de coronilla afeitada como éste!» Tomando al niño en sus brazos, el comerciante se lo llevó directamente a Hakuin. Dejándolo en el regazo del Maestro zen, el comerciante lo increpó y se marchó furioso.

Hakuin no discutió. Empezó a cuidar del bebé como si fuera suyo. La gente que lo veía pensaba que había adoptado al niño.

Un día de invierno, cuando Hakuin estaba pidiendo limosna de casa en casa en medio de una nevada, llevando consigo al niño, la hija del comerciante los vio y se llenó de remordimientos. Sollozando, acudió a su padre y confesó la verdad.

El comerciante, avergonzado, estaba totalmente indeciso. Inmediatamente se arrojó al suelo a los pies del Maestro zen Hakuin, pidiéndole perdón.

Hakuin simplemente sonrió y dijo: «¿Tiene el niño otro padre?»

Zen en acción

El Maestro zen Man-an escribió a un estudiante seglar de zen: «Si quieres alcanzar la maestría de todas las verdades y ser independiente de todos los acontecimientos, no hay nada mejor que la concentración en actividad. Es por esto por lo que se dice que los estudiantes de misticismo que trabajan sobre la Vía deberían instalarse en el mundo material.

«El Tercer Patriarca del zen dijo: “Si quieres encaminarte hacia la Vía de la Unidad, no seas contrario a los objetos de los seis sentidos.” Esto no significa que debas mantener continuamente la correcta atención total, ni agarrar o rechazar los objetos de los seis sentidos en el curso de la vida cotidiana, como un pato que entra en el agua sin que se mojen sus plumas.

»Si, por el contrario, desprecias los objetos de los seis sentidos e intentas evitarlos, caes en tendencias escapistas y nunca realizas la Vía de la budeidad. Si ves claramente la esencia, entonces los objetos de los seis sentidos son meditación en sí mismos, los deseos sensuales constituyen por sí mismos la Vía de la Unidad, y todas las cosas son manifestaciones de la Realidad. Entrando en la gran estabilidad zen no dividida por el movimiento y la calma, se liberan y se calman el cuerpo y la mente.»

Oculto virtud, manifiesta recompensa

El Maestro zen Hakuin solía contar una historia de cuando él era un joven estudiante que viajaba por todas partes para ver Maestros zen y que meditaba en el vacío, mediante el que los seguidores del zen intentan limpiar sus mentes de imágenes subjetivas, preparándose para la percepción de la verdad objetiva.

En una ocasión, Hakuin estaba viajando en compañía de otros dos monjes budistas. Uno de ellos pidió a Hakuin que le llevase su equipaje, alegando debilidad y fatiga a causa de una enfermedad.

El joven Hakuin asintió presto, haciendo salir de su mente el peso suplementario y sumergiéndose aún más profundamente en la contemplación del vacío.

Observando la juventud y el celo de Hakuin, el otro monje decidió igualmente descargarse el peso de sus propios hombros. Alegando como el primer monje estar enfermo, pidió a Hakuin que le llevase también su equipaje.

Dentro del espíritu de servicio budista, Hakuin tomó el tercer fardo y continuó su camino, sumergiéndose en el vacío con más empeño que nunca.

Más adelante, los tres monjes alcanzaron un punto en el que sólo podían avanzar embarcán-

dose, así que abordaron una balsa de pasajeros en el embarcadero más cercano. Completamente exhausto por entonces, Hakuin se derrumbó y se cayó completamente dormido.

Cuando se despertó, el joven buscador estaba momentáneamente desorientado. Parecía que acababan de atracar al muelle, pero él no tenía memoria del viaje.

Notando un extraño olor, miró alrededor y vio que todos tenían la cara verde y estaban cubiertos de vómitos. Y le miraban de una manera extraña.

Resultó que el barco de pasajeros se había encontrado en medio de una tempestad en el curso de su itinerario y había sido sacudido tan violentamente que todo el mundo, incluido el mismo barquero, se había mareado hasta perder el control.

Sólo el joven estudiante zen Hakuin, que estaba tan cansado por haber llevado el equipaje de sus dos compañeros y había dormido durante toda la tormenta, no se había visto afectado en absoluto.

Así, decía el Maestro zen Hakuin, era como él había aprendido por primera vez a través de su propia experiencia que era realmente verdad el principio de que la virtud oculta es recompensada de manera manifiesta.

Vaciar el infierno

Un samuray al servicio de la baronía provincial acudió a reclamar al Maestro zen Hakuin:

El Maestro preguntó al samuray: «¿Qué has hecho?»

El samuray dijo: «Siempre me ha gustado escuchar la enseñanza budista. Por culpa de esto he llegado a quedar infectado por una enfermedad.»

Hakuin preguntó: «¿Cómo es tu enfermedad?»

El samuray dijo: «Primero encontré un instructor zen e investigué en el principio de la esencia de la mente. Después encontré a un instructor de la Disciplina Shingon y estudié las reglas esotéricas. Habiéndome surgido dudas y confusión sobre estas dos escuelas, cuando estaba en medio de la visualización de la letra A, de repente surgieron en mi mente imágenes de infiernos. Cuando intenté detenerlas mediante el principio de la esencia de la mente, se enfrentaron las dos visiones, de manera que mi mente ha quedado perturbada. Cuando duermo, tengo pesadillas, y cuando me despierto, sólo trabajo sin éxito en pensamientos conceptuales.»

Hakuin chasqueó la lengua y dijo: «¿Sabes qué es ese infierno de miedos?»

El samuray respondió: «¡La visión del vacío! He atrapado esta enfermedad.»

Hakuin le gritó una y otra vez al samuray, echándolo, al tiempo que le decía: «¡Insignificante bellaco! Un samuray es alguien que permanece leal a su señor, que no huye de las inundaciones ni del fuego, y que expone su cuerpo ante lanzas y espadas sin temblar ni pestañear. ¿Cómo puedes temer la visión del vacío? ¡Cae, inmediatamente, en cada uno de esos infiernos y verificalos!»

El samuray se quejó: «¿Cómo puede un instructor hacer que la gente caiga en un estado diabólico?»

Hakuin rió y dijo: «¡Los infiernos en los que caigo son ochenta y cuatro mil en número! Mira, ¡no hay ningún lugar en el que no caiga!»

Finalmente, entendiendo el punto de vista del Maestro, el samuray se marchó lleno de alegría.

La religión de cada día

Uno de los grandes barones del oeste de Japón fue a visitar al Maestro zen Hakuin y le pidió algo de instrucción. Dio la casualidad de que un aldeano había traído unos pasteles de mijo para el Maestro zen justo al mismo tiempo. Hakuin tomó inmediatamente los pasteles y se los ofreció al barón.

Acostumbrado a la buena mesa, el barón nunca había comido mijo. No lograba comer de los simples pasteles de la mujer del aldeano.

Al observar esto, Hakuin reprendió al barón, diciendo: «Forzaros a comer de ellos; conseguiréis conocer la miseria del pueblo llano. Mi enseñanza no es otra sino ésta.»

Relaciones sociales

A finales del Japón feudal, el consumo de bienes estaba regulado mediante pormenorizadas leyes, que diferían según la clase social a la que uno perteneciera. Había en esa época, en la zona del Maestro Hakuin, un próspero comerciante, muy conservador, cuyas normas familiares prohibían a los criados llevar sombrillas. Sin embargo, la consecuencia de esta norma era simplemente que sus criados solían guardar las sombrillas en las casas de los amigos, utilizándolas en caso de necesidad cuando salían afuera.

Un día sucedió que cierta sirvienta de la casa del comerciante tomó consigo una sombrilla que había comprado y la llevó al Maestro zen Hakuin, esperando que éste escribiera su nombre por ella en la misma. Cuando llegó al templo, un asistente consintió en tomar la sombrilla y transmitir su petición al Maestro. Aquél también le explicó a Hakuin la situación en la casa del comerciante.

Habiendo oído todo esto, Hakuin tomó un pincel y escribió en la sombrilla de papel: «Tanto

si llueve como si diluvia, no desobedeceré a quien me emplea.»

La sirvienta estaba encantada. Por ser analfabeta, no podía leer lo que el Maestro había escrito. Supuso que era su nombre, tal como había pedido.

Un día de lluvia, la sirvienta pidió permiso para dar un paseo. Cuando caminaba, con la sombrilla abierta para protegerse de la lluvia, notó que la gente se reía de ella a sus espaldas. Preguntándose cuál sería la razón, al final preguntó a alguien, enterándose en ese momento qué es lo que realmente estaba escrito en la sombrilla.

Furiosa, la mujer acudió a Hakuin pidiendo una compensación por su sombrilla. En lugar de dársela, el Maestro zen la invitó a entrar y le habló acerca de cómo trabajar para un empleador.

Después, Hakuin fue a ver al comerciante en persona. «Un sirviente es también el hijo de uno, ¿sabes?, dijo al rico, quien se conmovió tanto por la gran compasión del Maestro que cambió las normas de su casa.

Noche de lluvia

Antes de irse a vivir a las montañas, el Maestro zen Ranryo viajó a lo largo y ancho del país

sin hacer distinción entre la corte y el campo, la ciudad y la aldea, ni evitar incluso tabernas y burdeles.

Cuando alguien le preguntó por qué actuaba de esa manera, el Maestro zen dijo: «Mi Vía está exactamente ahí, donde quiera que yo esté. No hay en absoluto ninguna separación.»

Posteriormente, Ranryo se adentró en las montañas, en donde construyó una simple cabaña y vivió una vida de frugal austeridad mientras continuaba trabajando en el zen.

Especialmente amante de las noches de lluvia, Ranryo quemaba incienso y permanecía sentado durante las mismas hasta el alba. Por ignorar su nombre, las gentes de las aldeas montañosas solían llamarle «el Monje de la Noche de Lluvia». Esto le divertía, así que empezó a utilizar Noche de Lluvia como nombre literario.

Una vez, un visitante preguntó a Ranryo acerca de los méritos relativos de la meditación zen y de la práctica budista de la Tierra Pura del recuerdo del Buda, recitando el nombre del Buda de la Luz Infinita. Ranryo dio su respuesta en verso:

*La meditación zen y el Recuerdo de Buda
son como dos montañas;
los potenciales superiores e inferiores
dividen un único mundo.*

*Cuando éstos llegan, igualmente
ven la luna en lo alto de la cima;
sólo se apenan quienes no tienen fe
y sufren con el ascenso.*

La puerta de la compasión

Jimon era la hija de un samuray. Su madre había muerto cuando ella tenía once años, y su padre falleció años después, cuando ella tenía quince. Cuando cumplió los dieciocho, se afeitó la cabeza y se hizo monja.

Jimon era rica en bondad y compasión, y hacía todo lo que podía para ayudar a los necesitados. Una noche de invierno, en medio de una gran tormenta, dos pequeños niños mendigos se presentaron a su puerta. Le pareció que estaban tan helados de frío que inmediatamente se quitó su bata y se la dio.

En esa ocasión, compuso el siguiente poema:

*La condición de los afligidos:
¡qué pobres esas mangas
demasiado estrechas como refugio
para evitarles
pasar la noche afuera!*

Otra noche de helada, un ladrón entró en su cabaña buscando dinero u otros bienes de valor.

Jimón se levantó con calma y dijo: «¡Pobrecillo! ¡Mira que cruzar campos y montañas para llegar aquí en una fría noche como ésta! Espera un poco, ¡te haré algo caliente para tomar!»

Diciendo esto, Jimón hirvió un poco de gachas para el ladrón, y lo hizo sentar junto al fuego. Entonces, mientras comía, ella empezó a hablarle: «He renunciado al mundo», dijo, «así que no tengo nada de valor. Pero puedes tomar lo que quieras.

»Sin embargo, hay algo que quiero de ti a cambio. Te he estado observando, y me parece que podías tener una vida decente haciendo el tipo de trabajo o de negocio que deseas. Y, no obstante, te encuentras en este lamentable estado, deshonrándote no sólo a ti mismo, sino también a tu familia. ¿Acaso no es esto vergonzoso?

»Quiero que cambies tu actitud y abandones tu vida de ladrón. Toma todo lo que está en mi cabaña y déjalo en prenda para obtener dinero y empezar un negocio adecuado. ¡De esta manera te encontrarás mucho más cómodo contigo mismo!»

Profundamente conmovido, el joven ladrón le dio las gracias y se marchó sin coger nada.

La formación de una escuela

Durante diez años desde el momento de su iluminación, Gessen fue abad de un famoso

monasterio. Al final, abandonó el monacato y fue a vivir en una ermita a un lugar en donde nadie sabía quién era.

Mezclándose con los aldeanos, Gessen solía enseñar a los niños del lugar a leer, escribir y a hacer cuentas, introduciéndolos indirectamente a las ideas budistas poco a poco.

Posteriormente, llegaron solicitándole buscadores zen de todo el país. Al final, no había establos ni graneros a muchas leguas de su ermita que no hubieran sido alquilados como alojamiento de estudiantes y seguidores del gran Maestro zen Gessen.

Mente y esencia

Ishida Baigan fue fundador de los Estudios de la Mente *Shingaku*, movimiento seglar inspirado por el budismo zen. Se dice que hasta el momento en que cumplió quince años, su rostro solía mostrar disgusto siempre que algo le ofendía. Sin embargo, después de los quince años, nunca mostró ningún signo de placer o disgusto. Cuando cumplió dieciséis años dijo: «Ahora he alcanzado la paz.»

En cierta ocasión, alguien le preguntó: «¿Son diferentes la mente y la esencia?»

Baigan respondió: «La mente incluye tanto la esencia como los sentidos; posee movimiento y

calma, sustancia y función. La esencia es la sustancia cuando está tranquila; la mente, que se mueve, es la función. Hablando de mente en términos de esencia, se parece a ésta de algún modo; la sustancia de la mente no se inquieta hasta que es perturbada; la esencia tampoco se inquieta. La mente constituye el dominio de la energía, la esencia constituye el dominio de lo numinoso. Al igual que la luna se refleja incluso en una pequeña gota de rocío, lo numinoso está internamente presente en todas las cosas, aunque sea invisible.»

Mal carácter

En cierta ocasión acudió al Maestro zen Bankei un hombre y le confesó que había nacido con un mal carácter que no podía manejar a pesar de sus intentos de controlarlo.

El Maestro zen dijo: «¡Con qué cosa más interesante has nacido! ¿Tienes mal carácter en este mismo momento? Si es así, muéstramelo y te curaré de él.»

El hombre dijo: «No lo tengo en este mismo momento. Se manifiesta de manera inesperada, cuando ocurre algo.»

El Maestro zen dijo: «En ese caso, tu mal carácter no es algo innato en ti.»

Meditación en posición sentada

Alguien preguntó al gran Maestro zen Bankei acerca del zen en posición sentada. Éste respondió: «A la armonización con la sabiduría inefable intrínseca a todo el mundo antes de implicarse en el pensamiento y la conceptualización se le llama meditación en posición sentada; al desapego de todos los objetos externos se le llama sentarse. Simplemente a cerrar los ojos y a sentarse no es a lo que yo llamo meditación; sólo debe considerarse de valor a la meditación en posición sentada en armonía con el conocimiento sutil.

»Toda confusión consiste en círculos viciosos de error por el hecho de utilizar pensamientos. Cuando se manifiestan pensamientos de cólera, te conviertes en un tirano; el deseo codicioso hace de ti un animal; aferrarte a las cosas te transforma en un fantasma hambriento. Si mueres sin abandonar todo esto, das vueltas en torno a rutinas para siempre, tomando toda clase de formas, girando en el flujo del nacimiento y muerte.

»Si te desapegas de los pensamientos, no hay confusión, así no hay causa ni efecto. No habiendo causa ni efecto, no existe el dar vueltas en torno a rutinas. Mientras tengas pensamientos, cuando cultivas buenos pensamientos se produ-

cen buenas causas y buenos efectos, y cuando haces el mal se producen malas causas y malos efectos. Cuando te has desapegado del pensamiento y te has armonizado con el conocimiento sutil, no existen causas ni efectos, nacimiento ni muerte.

»Cuando hablo de este modo, parece como si hablara de la visión de la nada, pero no es así. La razón por la que digo que afirmo que no se trata de la nada es que cuando hablo así, cada uno de vosotros lo oye. Incluso aunque no penséis en oírlo, podéis oír claramente, ya que el conocimiento original innato en todo el mundo es eficazmente consciente. Cuando tocas el agua o el fuego, sabes si hay frío o calor; sin embargo, nadie *aprende* a sentir el frío o el calor.

»Esto es trabajar más allá del pensamiento; así pues, aunque no haya pensamiento, a esto no pude llamársele la nada. Este conocimiento sutil intrínseco abarca todas las cosas sin implicación en las ideas dualistas del ser y de la nada, lo mismo que un espejo limpio refleja distintamente las imágenes de las cosas. En consecuencia, ¿qué pensamiento discursivo es necesario para esto?

»El pensamiento discursivo está ahí porque hay confusión. Cuando llegas a un conocimiento no discursivo, percibes y distingues las cosas antes del mismo, así que al final no hay confusión. Ésta es la razón por la que se valora el conocimiento no discursivo.

»Por esta razón, la meditación en posición sentada con conocimiento sutil espontáneo es la más elevada de las prácticas.»

La Vía hacia la Vía

Sōkai había permanecido un año en la congregación del Maestro zen Daiyū, cuando de repente tuvo una noche una percepción interna al levantarse de su meditación. Fue al Maestro y le presentó su comprensión.

Daiyū dijo: «Has pasado a la sala, pero aún no has entrado en la habitación.»

Sōkai preguntó: «¿Por qué decís esto?»

Daiyū citó un texto sagrado, diciendo: «No permanezcas en nada, pero vivifica la mente», y preguntó a Sōkai: «¿Qué significa “pero vivifica la mente”?»

Sōkai respondió: «Cuando buscas la mente, ésta no puede ser encontrada.»

Daiyū dijo: «Después de todo, ¿no has entrado en la comprensión.»

Sōkai replicó: «No estoy de acuerdo en dudar de mi comprensión.»

Elevando la voz, Daiyū dijo: «¡No, no! Si realmente quieres alcanzar la Vía, debes morir totalmente de una vez; ¡sólo entonces puedes realizarla!»

Liberación

Ōhashi, la cortesana, era hija de un vasallo del Shogun. Fue vendida por su padre para prostituirse cuando éste perdió su posición y se vio reducido a la máxima pobreza.

Ōhashi era encantadora, inteligente y cultivada en literatura y en artes. Como resultado de sus logros, se convirtió en una famosa cortesana del barrio «alegre» de Kioto.

Incapaz de reconciliarse a sí misma con la desgracia que le había tocado, Ōhashi cayó en una incurable depresión y empezó a consumirse.

Un día, un visitante se dio cuenta de su estado y le preguntó si estaba deprimida por algo. Ōhashi le explicó cómo había ocurrido todo. El visitante exclamó: «¡No es extraño que estés enferma! ¡Te costaría mil monedas de oro puro curar tu dolencia! Sin embargo, existe una manera de liberarte de ella, pero no lo vas a creer.»

Ōhashi insistió: «Si me dices la verdad, ¿cómo podría yo dudar? ¡Te ruego que me la enseñes!»

Así pues, el visitante explicó a Ōhashi: «En todo tu cuerpo no existe nada que actúe fuera de la percepción y de la cognición. La percepción y la cognición tienen un huésped. Hagas lo que hagas, incluso cuando tengas prisa, busca este

huésped dentro de ti. ¿Qué es lo que ve? ¿Qué es lo que oye? Si practicas esta introspección seriamente y no la abandonas, tu naturaleza intrínseca de Buda aparecerá de repente. Cuando alcances este estado, descubrirás que es un atajo para liberarte del reino del sufrimiento.»

Tomando a pecho estas palabras, Ōhashi empezó a practicar este ejercicio introspectivo en secreto. Más adelante alcanzó el punto en el que su atención interna no tenía interrupciones.

Habiendo alcanzado ya este grado de realización, una noche se levantó una terrorífica tormenta de truenos tan violenta que cayeron rayos en más de veinte sitios. Ōhashi se acurrucó bajo las ropas de su cama con su joven sirvienta.

De repente, Ōhashi recordó el ejercicio zen. Echando afuera sus miedos, se sentó erguida.

En el mismo momento cayó un rayo en el patio. El impacto hizo caer a Ōhashi de espaldas cortándole la respiración.

Cuando recobró el aliento, Ōhashi notó que sus percepciones eran algo diferentes de lo normal y sintió una indescriptible alegría.

Posteriormente, Ōhashi fue liberada de su vínculo con el burdel cuando un hombre pagó su deuda y se casó con ella. Buscó entonces al Maestro Hakuin y pasó el resto de su vida profundizando su comprensión.

Un despertar

Zeshin pasó muchos años viviendo retirado en el monte Yoshino, cerca de la ciudad de Kioto, capital imperial en aquella época. Allí practicaba simplemente la meditación en posición sentada, hasta que un día su mente se abrió y olvidó todo su conocimiento intelectual.

En un templo cercano vivía un viejo adepto de la Escuela Sōtō zen. Pretendiendo tener un testigo de su iluminación, Zeshin acudió a él y le comunicó su realización. El adepto dijo: «El Maestro Bankei es el guía iluminado de esta época. Vete con él y estudia.»

Así pues, Zeshin marchó directamente al templo de Jizo al este de Kioto, en donde se le había dicho que estaba Bankei. Sin embargo, en esos momentos el gran Maestro estaba de retiro y no recibía visitantes. No obstante, Zeshin llegaba diariamente y se sentaba fuera durante todo el día, regresando a la noche. Lo hizo durante trece días seguidos.

Finalmente, el encargado de la posada en la que se albergaba Zeshin le preguntó qué es lo que hacía. Zeshin le relató los hechos tal como eran. Intentando ayudarle, el posadero le dirigió al Maestro Dokushō que se hallaba en el templo cercano de Saga.

Zeshin acudió a Dokushō y le contó su comprensión. Dokushō simplemente dijo: «Consér-

vala.» Zeshin se fue el mismo día y volvió al monte Yoshino.

Varios meses después, Zeshin salió de nuevo para intentar ver a Bankei, el Maestro por excelencia de aquellos tiempos. Camino al templo de Jizō, oyó que Bankei estaba en Edo, la capital de los Shoguns, en donde Bankei enseñaba en el templo de Kōrin.

Cuando Zeshin llegó finalmente allí, Bankei se encontró con él directamente.

Después de que Zeshin le presentase su comprensión, Bankei dijo: «¿Y el último fin?»

Zeshin dudó, intentando pensar en algo que decir; entonces bajó la cabeza.

Esto ocurrió tres veces.

Al final, Zeshin preguntó: «¿Hay un último fin?»

El Maestro zen Bankei dijo: «No sabes cómo utilizarlo.»

De nuevo Zeshin bajó la cabeza, incapaz de decir nada.

Algo parecido pasó tres veces antes de que Zeshin preguntase por fin: «¿Cómo se utiliza?»

En ese momento, una oropéndola silbó en el patio. Bankei dijo: «Oyes a la oropéndola cuando silba.»

Zeshin cayó en éxtasis. Se postró ante el Maestro zen tres veces.

Bankei dijo: «Después de esto, no hables en vano.»

Al final del retiro estival de meditación en el templo de Kōrin, Bankei regresó a su centro principal de enseñanza en el oeste de Japón. Zeshin le siguió allí.

Durante varios días tras su regreso, el Maestro zen recibía a los recién llegados. Zeshin se presentaba ante el Maestro cada día con otros recién llegados, pero Bankei no le prestaba atención. Esto sucedió durante tres días consecutivos, mientras que Zeshin hacía por ser notado por el Maestro Bankei sin decirle nada.

Cuando finalmente se dispersó la multitud, Bankei se dirigió por fin a Zeshin diciéndole: «Eres afortunado. Si no me hubieras encontrado, te habrías convertido en un jactancioso.»

Todavía vivo

Kōsen estudiaba zen con el Maestro Ryōten, intentando meditar sobre el vacío. Ryōten le advirtió: «La meditación intensiva zen debe ser como un mudo que tiene un sueño. Eres demasiado intelectual para estudiar zen.»

Lejos de desanimarse, Kōsen se agitaba para hacer todavía mayores esfuerzos. Una noche, cuando estaba sentado contemplando la lluvia, un niño monje lo llamó en voz alta. Kōsen respondió y, repentinamente, experimentó un despertar de percepción interior.

Posteriormente, Kōsen fue a estudiar con el Maestro zen Hakujun. Un día, el Maestro citó una famosa línea de la Escritura que dice: «No permanezcas en nada, pero vivifica la mente.» Entonces preguntó a Kōsen: «¿Qué es la mente?»

Kōsen respondió: «¡¡¡No permanecer en nada!!!»

Hakujun le golpeó seis o siete veces y dijo: «¡Ignorante! Todavía no conoces el significado de las palabras “pero vivifica”, ¿verdad?»

En ese momento, Kōsen alcanzó la liberación.

Sufrimiento inútil e incredulidad

En cierta ocasión, el Maestro Bankei dijo a un grupo de gente: «Cuando tuve la primera inspiración para buscar la iluminación, como no encontraba un instructor iluminado, practicaba toda clase de ascesis, consumiendo mi cuerpo.

«A veces, cortaba todo contacto humano y vivía aislado. A veces, construía un cerco de biombos de papel y me sentaba dentro, o levantaba pantallas y me sentaba en posición de loto en una habitación oscura sin acostarme, hasta que me salían úlceras en los muslos, que me dejaba llagas permanentes.

»Además, cuando oía hablar de la existencia de un Maestro en tal o cual lugar de tal o cual

provincia, me iba directamente allá para encontrarlo. Después de varios años había pocos lugares en todo el Japón en los que no hubiera estado.

»Todo esto se debía al hecho de que no había encontrado un instructor iluminado. Después de que mi mente se abriera un día, por vez primera me di cuenta de qué inútiles habían sido mis años de fatigas y de dolor, y alcancé la paz.

»Ahora os digo a todos cómo alcanzar la realización en vuestras actuales vidas sin agotaros, pero no me creéis del todo. Esto es así porque no sois realmente serios.»

Confesiones de un Maestro zen

Yui-e, un veterano de la escuela Sôtô Zen, llegó al Maestro zen Bankei y dijo: «Yo tuve la inspiración cuando tenía diecisiete o dieciocho años. Durante más de treinta años me he sentado a meditar durante largos periodos de tiempo sin acostarme, concentrándome sin distraerme, pero descubrí que los pensamientos errantes y la falsa conciencia son muy difíciles de erradicar. En los últimos años, mi mente y mi intelecto se han clarificado y he alcanzado la paz. ¿Cómo os concentrabais en el pasado?»

Bankei respondió: «Yo también sufría con el surgir de los pensamientos cuando era joven,

pero de repente me di cuenta de que nuestra escuela es la escuela del Ojo Iluminado y de que nadie puede ayudar a otra persona sin una clara percepción. Desde el principio trascendí todos los demás intereses y me concentré en trabajar exclusivamente para alcanzar la visión clara. Por esta razón, he llegado a dominar la capacidad de ver si las personas tienen o no la verdadera percepción interior.»

Mente y montaña

Una vez, el Maestro zen Bankei pasó varias noches sentado bajo una cruz en un terreno de ejecución, para poner a prueba su mente. Después se tumbó en un terraplén que rodeaba un corral.

Dio la casualidad de que había en ese momento un guerrero en el corral pegando a un caballo. Al verlo, Bankei gritó: «¡Eh! ¿Te das cuenta de lo que estás haciendo?»

El guerrero oyó gritar al Maestro zen pero no prestó atención. Golpeando con el látigo a su caballo, pasó al lado de Bankei al galope. El Maestro gritó de nuevo: «¡Eh! ¿Te das cuenta de lo que estás haciendo?»

Esto sucedió tres veces antes de que el guerrero se detuviese y se bajase del caballo. Aproximándose al Maestro zen, se dio entonces cuenta

de que Bankei no era un hombre ordinario. El guerrero dijo: «Me estabas gritando. ¿Tienes algo que decirme?»

Bankei dijo: «En lugar de pegar a tu caballo por ser ingobernable, ¿por qué no te castigas a ti mismo y entrenas correctamente tu mente?»

Un rigorista

Enzui era un maestro extraño. Nunca mostraba ningún signo de enfado en su rostro e incluso era raro que hablase. Nunca le asaltaron en su vida deseos materiales o sexuales.

Un día, Manzan, el instructor zen de Enzui, lo llamó y lo amonestó diciéndole: «Ayunar y quedarte tumbado están impidiendo tu potencial para alcanzar la Vía. La diligencia y la meditación están disminuyendo tu vida de sabiduría. ¿Por qué no abandonas estas prácticas totalmente, fluyendo de manera natural con la corriente y te conviertes en una persona libre sin técnicas ni obligaciones?»

Saludando con una inclinación de gratitud, Enzui salió de la entrevista lleno de lágrimas. Después se esforzó más aún aumentando sus prácticas ascéticas. Un día, su mente se abrió y alcanzó un estado en el que no existe la duda.

Posteriormente volvió a su provincia natal y construyó en ella un claustro, haciendo el voto

de que desde ese momento nunca saldría entre los humanos. Aunque viejos conocidos le escribían, no respondía, y cuando buscadores zen llamaban a su puerta, no abría.

Enzui murió en 1763, a la edad de setenta años. Uno de sus seguidores contó: «El Maestro ayunaba y nunca se acostó en toda su vida, manteniendo esta disciplina incluso hasta el momento mismo de su muerte, en que se puso una túnica ceremonial y expiró sentado en una silla. Incluso tras su muerte, su cuerpo permaneció erguido, sin deshacer su postura de meditación.»

La semilla de la práctica del zen

Un día, el Maestro Shōsan dijo de cierto individuo: «Esa persona es una gran practicante, ¿verdad? Dice que muera de la enfermedad que muera, quiere morir tan tranquilamente como si estuviera paseando por los alrededores.»

Uno de los estudiantes del grupo dijo: «Se limita únicamente a pensar de esa manera: no es la clase de persona adecuada para practicar el zen.»

El Maestro dijo: «Incluso aunque sea así, sigue siendo un hombre con la semilla de la gran práctica del zen.»

Las últimas palabras

Cuando Tenkei estaba en su lecho de muerte, fue rodeado por la congregación de sus discípulos, que lloraban y se lamentaban. El Maestro zen los miró y dijo: «Cuando el Buda estaba a punto de expirar, fue rodeado por monjes, monjas, mujeres y hombres seglares, que lloraban apenados. El Buda les amonestó diciéndoles: “¿Si habéis entendido realmente las Cuatro Nobles Verdades, ¿por qué lloráis?” No os censuro el que lloréis y os lamentéis hoy, porque no os habéis liberado del apego a la Enseñanza.

»¿No os preguntáis por qué digo esto? Toda mi vida he estado favoreciendo el budismo zen y trabajando de todo corazón por la gente, pero los sentimientos humanos son arrogantes y débil la influencia de la educación, y son muchas personas las que carecen de fe. Imaginando cómo no habrá guías en el futuro para transmitir la verdadera enseñanza, de repente lloro.

»Todo está condicionado y en definitiva vacío de esencia intrínseca. Esto es fácil de afirmar, pero difícil de comprender claramente. Temo que podáis malinterpretarlo; pero cuando lo entendáis realmente, seréis los herederos de la enseñanza del Buda, y devolveréis el beneficio recibido del Buda y de los fundadores del zen. Trabajad por los demás de manera incesante, defendiendo este principio.

»Si las personas que no están aquí presentes acuden a buscarme en el futuro, decidles que dije esto en mi lecho de muerte, llorando mientras lo decía.»

La decadencia y el resurgimiento del zen

Hakuin, el gran Maestro zen que hizo revivir la secta Rinzai en el siglo XVIII, estudió con muchos instructores. Fue, sin embargo, Shōjū Rojin quien le abrió los ojos a la profundidad y vastedad del verdadero zen.

Shōjū solía decir: «Esta escuela nuestra de zen decayó durante la Dinastía Sung [960-1278] y se extinguió durante la Dinastía Ming [1368-1644]. Aunque algo de su eficacia residual se transmitió a Japón, es tan tenue como las estrellas durante el día. Esta situación es verdaderamente lamentable.»

Shōjū también dijo: «Por todas partes, en la actualidad sólo existen imitadores sin vida que estudian los letreros, “instructores zen” sin la visión liberada. Dichas personas ni siquiera han soñado con lo que los iluminados transmiten.»

Posteriormente, después de su propia iluminación, Hakuin decía a la gente: «Cuando oí las críticas del viejo Shōjū, me preguntaba por qué

estaba tan indignado a causa de los centros existentes, y con la proliferación de monasterios y el surgimiento de Maestros famosos. Después, cuando viajé por el mundo zen y vi cierto número de “Maestros”, no encontré ni a un solo verdadero Maestro con gran comprensión interna. Sólo entonces me di cuenta de hasta qué punto la Vía de Shōjū era muy superior a la de los demás centros zen.»

Independencia

Una vez, el Maestro zen Tenkei fue invitado oficialmente a convertirse en el abad docente de cierto monasterio. Él rehusó diciendo: «La decadencia ha ido aumentando desde hace tiempo; puesto que se ha perdido la base de la enseñanza, ¿cómo puede aparecer alguien ante el mundo como instructor. No digáis ni una palabra más sobre esto.»

El emisario que portaba la invitación respondió: «La congregación del monasterio sólo quiere tomaros prestado en aras de la Gran Enseñanza. ¿Diríais que esto es heterodoxo?» Y empezó a rogar al Maestro zen con tanta insistencia que al final Tenkei aceptó.

Al año siguiente, sin embargo, Tenkei abandonó el monasterio a propósito de cierto incidente. En un poema expresó:

*Venir estuvo bien; irse está bien también;
agua que fluye, una nube que flota: un mendicante.
¿Por qué dejarse llevar por el ruido de los demás?
Fluyendo con las circunstancias, de nuevo, hoy salto.*

Las últimas palabras

«La anciana O-San» alcanzó la iluminación cuando estaba estudiando zen con el Maestro Tetsumon. Más adelante, cuando el gran Maestro Hakuin llegó a su provincia, O-San fue a verlo.

Para probar a la mujer, Hakuin le preguntó acerca del «sonido de una mano que aplaude.»

O-San inmediatamente murmuró un poema:

*Más que escuchar
el sonido del aplauso
de una mano de Hakuin,
aplaude con las dos manos
¡y logra algún resultado!*

Cuando O-San estaba a punto de morir, fue rodeada por sus hijos, que pretendían escuchar sus últimas palabras. Ella sonrió y entonó el siguiente poema:

*En este mundo
donde no duran las palabras,
más que el rocío*

*sobre las hojas,
¿qué podría decir
para la posteridad?*

Nacimiento y muerte

Goshū acudió al Maestro zen, Yui-e y dijo: «He estado estudiando zen durante muchos años, pero todavía no he llegado. Tened la bondad de darme un poco de luz.»

Yui-e dijo: «No hay ningún truco para estudiar zen. Es sólo un asunto de libertad del nacimiento y de la muerte.»

Goshū preguntó: «¿Cuándo pasa uno a la libertad a través del nacimiento y de la muerte?»

Elevando la voz, Yui-e dijo: «¡Tu mismo pensamiento que te atraviesa es nacimiento y muerte!»

Al oír estas palabras, Goshū cayó en éxtasis, sintiendo como si se hubiera descargado de un pesado fardo.

Un hereje reformado

Ummon empezó a estudiar libros confucianos y textos religiosos cuando tenía catorce o quince años. Sin embargo, a los veintidós tuvo

un cambio de sentimiento: «Aunque lea todos los libros exotéricos y esotéricos que existan», reflexionó, «¿para qué serviría en el borde de la vida y de la muerte?»

A continuación dejó sus libros y abandonó los estudios académicos.

Más tarde, Ummon acudió a ver a un Maestro zen, que le enseñó cómo trabajar los *koans* *.

Ummon protestó: «Yo no quiero trabajar sobre *koans*. Sólo conociendo por mí mismo un estado de muerte y completa cesación [de actividad mental y emocional] y habiendo llegado a ser un montón de cenizas, carezco de dudas. A lo largo de las actividades cotidianas, ¿qué está pasando?, ¿está ahí?, ¿no lo está? Mientras me pregunte esto, es suficiente.»

El Maestro zen dijo: «Si actúas así, te convertirás en un hereje.»

Ummon replicó: «Aunque me convierta en un hereje, es suficiente haber alcanzado paz mental.»

Ummon continuó meditando firmemente otros dos años.

* Los *koans* son preguntas paradójicas que no tienen una respuesta lógica lineal, sino puramente existencial. Existe una gradación de menor a mayor dificultad, y son utilizados fundamentalmente por la escuela zen Rinzai como instrumento de concentración para saltar las barreras mentales y los condicionamientos culturales. (N. del T.)

Un día, cuando recogía leña en el bosque, Ummon sintió que todo el mundo se desmoronaba, incluido él mismo. En ese instante alcanzó la felicidad cósmica.

Después de este acontecimiento, Ummon reflexionó: «Aunque haya alcanzado mi propia paz y felicidad, esto no es sino el principio de las enseñanzas de los cánones oficiales. ¿Y qué ocurre con el mensaje zen que es transmitido especialmente fuera de la doctrina?»

Así pues, redobló sus esfuerzos durante otros dos años hasta que descubrió al fin la experiencia viva del zen. Entonces su mente se relajó por completo.

Cuando Ummon estaba a punto de morir, amonestó a sus estudiantes del siguiente modo: «Tengo cuatro declaraciones. Primero, atravesar toda confusión mental, confiar en la verdad universal. Segundo, dejar partir el cuerpo y la mente, despojarse del nacimiento y de la muerte. Tercero, trascender el absoluto, establecer una vida individual. Cuarto, acarrear rocas y llevar tierra para perpetuar la vida de la sabiduría.»

El poema de despedida de Ummon decía:

*La última palabra
ilumina los cielos
e ilumina la tierra.*



Un sabio excéntrico

Entsū fue un sabio excéntrico de la poco conocida Escuela zen de Ōbaku. Hombre nada convencional, iba a donde quería y hacía lo que le gustaba. Vivía solo, sin permanecer en ningún lugar fijo. Apenas se conoce con certeza nada de su vida.

Una vez, Entsū estaba en la ciudad de Kioto para visitar a un familiar suyo. En el tumulto [de la ciudad] se olvidó de adónde iba. No sabiendo qué otra cosa hacer, empezó a llamar a todas las puertas, una tras otra, preguntando al primero que respondía: «¿Es ésta la casa que se supone que Entsū debe visitar?»

En otra ocasión, alguien pidió a Entsū que escribiera el prefacio para cierto libro. Entsū accedió, pero garabateó tan confusamente que el prefacio era ilegible en muchas de sus partes. El hombre que le había pedido el escrito se lo llevó de vuelta a Entsū para preguntarle lo que decía.

El Maestro zen examinó su propia escritura una y otra vez, y al final declaró: «¡Yo tampoco la puedo leer! Uno de mis estudiantes es muy bueno en leer mis escritos; ¡más vale que se lo lleves a él!»

Erudición zen

Honkō fue un Maestro zen con un talento fuera de lo normal, irreemplazablemente sobresaliente, con una vasta cultura y una memoria poderosa. Su propio instructor zen Shigetzu había sido uno de los grandes Maestros eruditos. El mismo Honkō solía viajar de un lado a otro dando charlas zen a invitación de centros de todo el país.

Entre sus voluminosos escritos se halla un comentario sobre partes del temible *Shōbōgenzō*, que es la obra magna del gran Maestro zen del siglo XIII Dōgen. El *Shōbōgenzō*, primera y única gran obra budista escrita en japonés clásico, es una de las obras más difíciles dentro de los cánones.

Mientras que Honkō estaba trabajando en su comentario sobre el *Shōbōgenzō*, un monje dedicado al estudio de la lógica acudió a él pidiéndole que le comentase el *Sūrangama-sūtra*, una de las más complejas y abstrusas obras de la lengua china.

Al instante, el Maestro zen situó el *Sūrangama-sūtra* a la derecha del escritorio, puso el *Shōbōgenzō* a la derecha y puso un pedazo de papel en el medio. Después, empezó a dar una charla sobre el *Sūrangama-sūtra*, mientras que, simultáneamente, leía el *Shōbōgenzō* y escribía un

comentario en el mismo, manteniendo su atención en las tres tareas sin confusión alguna.

Quienes observaban este proceder quedaron atónitos, y empezaron a circular rumores de que Honkō era la encarnación de un espíritu o de un santo.

Largo viaje hacia casa

La naturaleza excepcional de Daikyū fue evidente incluso siendo todavía un niño. Los instructores de todas las escuelas budistas intentaban inscribirlo como discípulo, pero sus padres se negaban a otorgar su autorización.

Sin embargo, Daikyū abandonó su hogar y entró por fin en el discipulado zen cuando sólo tenía cinco años.

Cuando Daikyū cumplió los quince años, un día oyó por azar a su instructor hablando a alguien acerca de algo que llamaba «el estado antes del nacimiento». Esto hizo que Daikyū deseara saber, y que se sentara a meditar cada vez que tenía algún tiempo libre.

Posteriormente, Daikyū acudió a ver al Maestro zen Zōkai, en Kioto para preguntarle acerca de lo esencial de la concentración. Estando de camino hacia allí, mantuvo su atención en la punta de su nariz, de manera que ni siquiera percibía el clamor y la fanfarria de la antigua capital,

ni siquiera cuando caminaba por ella. Tan absorbido estaba en su concentración que tropezó con numerosos coches de caballos en la calzada, y sus conductores le gritaban mientras él continuaba su camino despreocupado.

Habiendo encontrado al Maestro Zōkai, Daikyū pidió permiso para permanecer allí estudiando zen. Zōkai accedió y le dio la tarea de encargarse de las medicinas del Maestro. Daikyū en aquella época tenía dieciocho años.

Un día, cuando Daikyū iba a tirar algunos restos de hierbas, se olvidó completamente de sí mismo al llegar al río. Aunque era la estación en la que los arces se vuelven color escarlata como un bordado, ni siquiera los veía. Hasta tal punto llegaba el grado de intensidad de su concentración. La gente solía llamarlo «el Servidor Encantado».

A la edad de veintitrés años, Daikyū fue a encontrar al famoso Maestro zen Kogetsu, y le expresó su percepción de él. Kogetsu dijo: «Al fin y al cabo, tu percepción es la de un forastero. Sería completamente inútil al borde de la vida y la muerte. Concentra intensamente tu energía mental, y algún día alcanzarás de manera natural la unificación.»

Después, Kogetsu enseñó a Daikyū una serie de doce poemas de un antiguo Maestro zen y le hizo que los usara para guiarlo en sus meditaciones diurnas y nocturnas.

Un día del siguiente verano, cuando Daikyū estaba llevando una botella de té al almacén, sintió como si estuviera caminando por el espacio, con su mente tan sólida como el hierro. Cuando se detuvo y se quedó de pie donde estaba, un viento limpio le dio en el pecho. Continuando su camino, chocó contra una columna y, de repente, tuvo una comprensión interna.

Daikyū acudió al Maestro zen Kogetsu y dijo: «¡Hoy he atravesado por fin la oclusión de mi corazón!»

Kogetsu se limitó a sonreír.

Después de varios años más de estudios con Kogetsu, Daikyū pensó que había dominado completamente el zen. Imaginando que no había en ninguna parte nadie que pudiera enseñarle nada más, Daikyū decidió buscar un lugar de retiro para madurar su realización.

A lo largo de su viaje, sin embargo, Daikyū leyó por azar un poema escrito por el gran Maestro zen, Hakuin. Era tan extraordinario que Daikyū resolvió ir a ver a Hakuin en persona.

Cuando Daikyū encontró al gran Maestro, consideró que el gran Maestro era una auténtica e impresionante verdadera personalidad zen. Daikyū inmediatamente pidió permiso para continuar sus estudios zen con Hakuin.

Siendo ya un buscador desde hacía mucho tiempo, Daikyū tenía un cuaderno en el que

había anotado todas las afirmaciones zen que había realizado. Decidido a iniciar una nueva etapa bajo la tutela de Hakuin, tomó entonces su precioso cuaderno y lo quemó.

Un día, Daikyū acompañó a Hakuin en una visita a Unzan, otro Maestro zen. A lo largo de la conversación, surgió el tema de la clásica obra zen *La historia del acantilado azul*. Unzan preguntó a Hakuin qué poema de esa serie consideraba el mejor. Hakuin señaló cierto poema y Unzan estuvo de acuerdo.

Daikyū, que estaba sentado allí oyendo la conversación de los dos veteranos Maestros, quedó totalmente perplejo por lo que oía. Él mismo había estudiado zen durante más de veinte años, pero todavía no podía hacer distinciones tan finas como los dos veteranos Maestros.

A su regreso, Daikyū quiso comunicar a Hakuin lo que había alcanzado, pero vio que le era difícil de transmitir. Siguiendo al gran Maestro por la carretera, Daikyū avanzó unos pasos en varias ocasiones, intentando alcanzar a Hakuin para que se detuviese y poder hablar con él.

Consciente de que Daikyū estaba maduro para un despertar, Hakuin deliberadamente lo rechazaba y continuaba caminando.

Totalmente contrariado, Daikyū fue a sentarse en el porche de una casa que estaba al borde de la carretera.

Tras meditar un buen rato, Daikyū tuvo repentinamente una comprensión interna. Abriendo los ojos, se dio cuenta de que Hakuin se había ido.

Regresando apresuradamente al templo, Daikyū presentó su comprensión a Hakuin. El veterano Maestro confirmó la autenticidad de su realización.

Poco después, Daikyū dejó a Hakuin. Cuando estaba partiendo, preguntó al gran Maestro: «¿Cuál es la fórmula principal?»

Hakuin dijo: «A, B, C.»

Daikyū preguntó: «¿Cuál es la fórmula secundaria?»

Hakuin dijo: «M, N, O.»

Daikyū saludó inclinándose y se marchó.

El ayudante de Hakuin, el Maestro Tōrei, fue testigo de este intercambio. Posteriormente dijo a sus seguidores: «Ese Daikyū es realmente torpe; ni siquiera preguntó por la tercera fórmula. Espero que venga alguna vez, de manera que yo pueda remover el asunto por él.»

Cuando Daikyū cumplió veintinueve años, volvió a buscar a su primer instructor, que ya era un anciano.

Una noche, Daikyū se sentó hasta muy tarde, cuando oyó por casualidad el ladrido de un perro. En ese momento, su mente se abrió repentinamente y alcanzó la iluminación, despojándose en el mismo instante de su conocimiento y puntos de vista previos.

Al día siguiente fue a ver a Seizan, un Maestro zen con el que había trabajado en el pasado. Antes de que Daikyū hubiera pronunciado una sola palabra, Seizan le dijo: «Desde el principio sabía que tenías potencial para la iluminación. Te he estado esperando aquí durante mucho tiempo para que lo catalizaras por ti mismo. Parece que es una cuestión de ritmo. No te oculto nada; ahora te he legado el tesoro del ojo de la verdad.»

Daikyū simplemente saludó inclinándose.

Posteriormente, Daikyū llegó a ser un instructor zen. Era muy estricto. «Una vez que se manifiesta la vida universal», preguntaba a sus discípulos, «cómo podéis atravesarla hacia la libertad?». Para su gran pesar, nadie de su congregación alcanzaba aquello a lo que él se refería.

En la primavera de sus cincuenta y nueve años, Daikyū cayó enfermo. Dándose cuenta de que se acercaba su fin, presentó a su heredero espiritual con los símbolos de la sucesión, incluido el traje de la fe que representa la transmisión de los preceptos budistas y un documento con el linaje preciso de Maestros.

Cuando el estado de Daikyū se hizo crítico, los seguidores le rodearon y le pidieron una declaración póstuma.

Levantándose majestuosamente, Daikyū adoptó un aspecto alegre. Con una sonrisa abrió

los ojos, asegurándose de que todo el mundo viera cómo lo hacía. A continuación expiró sentado en un estado de serena calma.

Un Buda borracho

Suiwō y Tōrei fueron los dos ayudantes más capaces del Maestro Hakuin. Suiwō era conocido como un Maestro de gran capacidad, Tōrei como un Maestro del detalle sutil. Muchos de los sucesores posteriores de Hakuin recibieron realmente su entrenamiento avanzado de uno de estos dos jóvenes Maestros.

Suiwō tenía ya más de treinta años cuando encontró a Hakuin por primera vez. No se conoce ninguna otra cosa de su vida anterior. El gran Maestro Hakuin se dio cuenta de que Suiwō era un hombre de un espíritu excepcional y le instigó duramente para realizar su potencial.

Suiwō pasó veinte años en la escuela de Hakuin, pero vivía a diez leguas y nunca acudió al templo, excepto cuando había una charla. Sus consultas privadas con los instructores tenían lugar tarde en la noche, de manera que nadie veía a Suiwō ir y venir. En los días en que había charlas se iba inmediatamente en cuanto acababan las mismas. Así pues, apenas se sabía que Suiwō era discípulo de Hakuin.

Suiwō era excéntrico por naturaleza. Aficionado al vino de arroz *, no prestaba atención a asuntos triviales y, con frecuencia, hablaba y actuaba al margen de las convenciones habituales. No se sentaba a meditar nunca y apenas leía algún texto sagrado. Carecía de morada fija, pero se tumbaba de cualquier manera a dormir en cualquier sitio, considerándose afortunado si había logrado obtener suficiente vino para achisparse. Disfrutaba de la afición al ajedrez y a la pintura, y vivía la vida como le gustaba. La gente no estaba segura si poseía profundidades ocultas o si se trataba simplemente de un hombre superficial.

Aunque a Suiwō no le gustaba vivir en el templo de Hakuin, cuando el gran Maestro cayó enfermo por última vez, Suiwō regresó para cuidarlo. Cuando Hakuin murió, Suiwō heredó el templo, pero no hacía nada. A todo el que llegaba para estudiar zen, Suiwō le decía que acudiese a Tōrei. Pero a pesar de su negativa a hablar de zen, nunca había menos de setenta u ochenta buscadores alrededor de él.

En algún momento, Daikyū y Reigen, Maestros zen que también habían estudiado con

* El sake, bebida nacional japonesa que se obtiene de la fermentación del arroz, contiene entre 14 y 16 grados de alcohol, y se bebe caliente en pequeñas copas de porcelana. Destilado, contiene de 57 a 74 grados. (*N. del T.*)

Hakuin, empezaron a escribir cartas a Suiwō urgiéndolo a emprender el trabajo. No obstante, a pesar de sus esfuerzos, Suiwō permaneció serenamente inmovible.

Siete años después del fallecimiento de Hakuin, Daikyū, Reigen y Tōrei convergieron sobre Suiwō e insistieron en que fuera el maestro de ceremonias para el tradicional servicio conmemorativo de los siete años, que había de ser celebrado por Hakuin por parte de sus discípulos. Incapaz de rechazar, Suiwō aprovechó la ocasión haciendo un discurso sobre las Cinco Casas del zen ante una asamblea de más de doscientas personas.

Suiwō tenía en aquella época cerca de cincuenta y ocho años. Por aquel entonces las filas de sus seguidores ascendían a más de cien. Éstos vivían en moradas individuales por toda la zona, y no había tiempo suficiente para que Suiwō se encontrara con todos ellos cuando acudían a verle.

Suiwō era invitado también a otros lugares, atrayendo audiencias de trescientas o quinientas personas. En sus últimos años congregaba hasta setecientos u ochocientos oyentes en sus charlas sobre los clásicos zen.

Suiwō solía decir a la gente: «Un clásico decía que es preferible estar demasiado relajado que demasiado apasionado. Yo no estoy de acuerdo; es mejor estar demasiado apasionado que demasiado relajado.» Y añadía: «No seáis débiles y dependientes. Alguien que se mantiene

buscando la verdad incesantemente puede penetrar en ella en una o dos noches.»

Suiwō solía decir: «En todos los demás lugares hay orden y regularidad y sus ceremonias conllevan modelos de dignidad. Aquí tenemos ojos de elefante y narices de mono, sin pelos en las espinillas. ¿De qué vale vivir de la fraseología recitando los textos sagrados?»

Hablando de la escuela de su viejo Maestro Hakuin, Suiwō decía: «El único de sus seguidores que captó todos los beneficios espirituales de la Escuela de Hakuin fue Tōrei. El único que penetró profundamente en la fuente de su enseñanza fue Daikyū.»

Suiwō también decía: «Incluso los monjes zen que viajaban libremente por todo el país sin inhibiciones se encontraban perdidos cuando se encontraban ante Hakuin. ¿Y esto por qué? Porque “las zarzas alcanzaban el cielo y alambradas de espinos cubrían el suelo”, de manera que no podían avanzar ni retroceder. Por ello quedaban sin banderas ni tambores, así que se quitaban las armaduras y se rendían *. Ninguna de las otras

* Como explica el mismo Thomas Cleary en *El arte japonés de la guerra* (Ed. Edaf, Madrid, 1992), el zen japonés estuvo marcadamente influenciado por la sociedad militarizada de la época de los samuráis. La imagen guerrera que utiliza Suiwō puede comprenderse dentro de este contexto. (N. del T.)

congregaciones posee estas zarzas; es por esto por lo que los monjes las pasan de largo y son incapaces de tropezar en ninguna. Creo que esto es adecuado.»

Cuando Suiwō estaba en su lecho de muerte, sus ayudantes le pidieron un poema de despedida. Suiwō les reconvino. Cuando repitieron la petición, tomó un pincel y escribió:

*He estado burlándome
de Budas y Maestros zen
durante setenta y tres años.
En cuanto a la última frase,
¿Qué? ¿Qué?
¡Kaaa!*

Cerrando los ojos, expiró.

El Maestro del detalle sutil

Tōrei estudió zen primero con el Maestro Kogetsu. Después atravesó un severo aprendizaje con Hakuin.

Bien preparado por su trabajo con Kogetsu, Tōrei pronto alcanzó el despertar bajo la tutela de Hakuin. En pocos años había aprendido toda la enseñanza interna de Hakuin.

Desgraciadamente, la dureza de los excesivos esfuerzos de Tōrei debilitó su cuerpo, cayendo

mortalmente enfermo. No habiendo encontrado ningún tratamiento médico útil, Tōrei pensó para sí mismo: «Aunque haya encontrado todo acerca de la fuente y los métodos del zen, ¿qué bien me harán si he de morir de repente?»

Así pues, escribió un libro llamado *La lámpara para inextinguible del zen*. Mostrándoselo a Hakuin, le dijo: «Si hay algo de valor en este libro, me gustaría pasarlo a las generaciones futuras. Sin embargo, es un ramillete de tonterías. Lo arrojaré inmediatamente al fuego.»

Hakuin lo hojeó y dijo: «Esto será medicina para abrir los ojos a generaciones futuras.»

Entonces Tōrei dejó a Hakuin y fue a Kioto, donde vivió tranquilamente, cuidando de su enfermedad, resignado a aceptar lo que le estuviera destinado, ya fuese la vida o la muerte.

Un día, mientras estaba en un estado sin mente, de repente Tōrei vio a través de la experiencia de toda una vida de Hakuin. A partir de ese momento se recuperó de manera espontánea.

Desbordado de alegría, Tōrei escribió una carta a Hakuin contándole lo que había sucedido. El gran Maestro invitó a Tōrei a regresar y le nombró su sucesor en el zen.

Tras la recuperación de Tōrei, éste y Hakuin colaboraron en la elaboración de un programa para establecer una escuela zen. La mayoría del trabajo respecto a los detallados exámenes del programa fue evidentemente hecho por Tōrei.

Posteriormente, durante la vida de Hakuin, cuando su energía se desvaneció al final, Tōrei trabajó arduamente para animar a los discípulos. Muchos de los últimos discípulos de Hakuin eran torpes en su realización; los que sobresalieron fueron aquellos cuya fina armonización fue completada por Tōrei.

La budeidad en esta vida

Una vez, el Maestro zen Tōrei, estaba dando una charla sobre la Enseñanza de la Epopeya en los alrededores montañosos de Kioto. Era pleno invierno y la temperatura era tan fría que todas las personas de la audiencia parecían estar enormemente incómodas.

Tōrei bramaba: «¡Aquellos de vosotros que estáis acobardados por el frío deberíais regresar a la vida del mundo inmediatamente! ¿Cómo podéis aprender zen? ¿Por qué no lo buscáis en vuestros propios corazones? Los peces están en medio del agua, pero no saben que el agua está ahí; la gente se halla en medio de la verdad sublime, pero no conocen la verdad.»

Entre la audiencia se encontraba a veces un primitivo seguidor del movimiento Estudios de la Mente, un hombre llamado Nakazawa Dōni, que más adelante habría de establecer los Estudios de la Mente en el este de Japón. Al oír estas

palabras del Maestro zen Tōrei, aquél alcanzó repentinamente la iluminación. «La exposición de la enseñanza significa no poner la mente en las cosas externas», explicó más tarde, añadiendo, «esto es lo que se quiere decir con alcanzar la budeidad en este mismo cuerpo.»

Reconocimiento prematuro

Ryōzai estudió primeramente zen con Kogetsu. Después siguió a Hakuin, bajo cuya tutela alcanzó el despertar.

Cuando Ryōzai acudió a Hakuin, el gran Maestro vio desde el primer momento que Ryōzai poseía una capacidad nada ordinaria. Éste pasó varios años con Hakuin, recibiendo después su reconocimiento como Maestro zen. De esta manera, Ryōzai se convirtió en el primero de los muchos Maestros que fueron formados por el gran Maestro zen Hakuin.

Más adelante, sin embargo, Hakuin diría a la gente: «He dado a Ryōzai el sello de la aprobación demasiado pronto. A causa de esto, ahora él no puede tener la maestría de las cosas. Si hubiera esperado otros tres años antes de darle mi permiso para enseñar, nadie en el mundo hubiera sido capaz de objetarle nada.»

Alguien preguntó a Hakuin por qué le había dado a Ryōzai la aprobación tan pronto. El gran

Maestro dijo con gran pesar: «En aquel tiempo, yo sólo era consciente de hasta qué punto es difícil encontrar a una persona así. No me di cuenta de que era demasiado pronto.»

La gran obra

Gasán estuvo viajando cuando contaba sólo con 16 años. Habiendo entrado en un claustro zen, en noventa días de intenso trabajo alcanzó alguna comprensión interna. Después fue de Maestro en Maestro, estudiando con más de treinta Maestros zen. Ninguno de ellos podía hacer nada por él, así que volvió a su instructor original Gessen.

Gessen reconoció la maestría del joven Gasán y sugirió que dejase de ir de un lado para otro. En aquel tiempo, el mismo Gasán también creía que él había alcanzado la maestría del zen.

Daba la casualidad de que Gasán había pasado por la escuela del Maestro Hakuin de vez en cuando, pero que no tenía ningún deseo de encontrar al famoso Maestro.

Un día, sin embargo, reflexionó: «De los muchos Maestros de todo el país que he visto, nadie me puede señalar nada. Hakuin es el único cuyos métodos no conozco.»

Este pensamiento inspiró en Gasán el deseo de encontrar a Hakuin. Comunicó a Gessen su

intención. Éste dijo: «¿Por qué habrías de encontrar necesariamente a Hakuin?» Gasan pensó de nuevo que él tenía razón y permaneció donde estaba.

Pasó otro año, cuando Gasan oyó por casualidad que Hakuin había sido invitado a dar una charla sobre la obra clásica *La historia del acantilado azul* en Edo, la capital. Entonces, pensó: «Mientras no haya visto a este viejo instructor, no soy realmente un gran hombre.»

Aunque Gessen intentó detenerlo de nuevo, Gasan estaba entonces decidido a ir. Viajó directamente a Edo para encontrar al gran Maestro Hakuin.

Después de que Gasan le presentase su comprensión, Hakuin gritó: «¿De qué charlatán procedes para engañarme con tan mala respiración?» Y expulsó a Gasan.

Pero Gasan no se dio por vencido. Después de haber sido expulsado tres veces, todavía pensaba que estaba realmente iluminado y que Hakuin estaba simplemente intentando doblegarle a propósito.

Entonces, una noche, cuando estaba a punto de acabar la serie de charlas, Gasan reflexionó: «De hecho, es verdad que Hakuin es el mayor instructor del país. ¿Por qué rechazaría entonces a la gente arbitrariamente? Debe tener una razón.»

Gasan fue a disculparse ante Hakuin por ser rudo y le pidió alguna instrucción. Hakuin dijo:

«Estás inmaduro: pasarás toda tu vida llevando una piel zen sobre ti. Aunque puedas hablar con una facilidad sospechosa, esto no te da fuerzas cuando alcanzas la orilla de la vida y la muerte. Si quieres hacer que tu vida cotidiana sea intensamente satisfactoria, debes escuchar el sonido de una mano aplaudiendo.»

Posteriormente, Gasan dijo a sus propios discípulos: «He pasado casi 20 años viajando por todo el país, estudiando con más de 30 Maestros. Era tan agudo que ninguno de ellos podía conmigo. Finalmente, acudí al viejo Hakuin y fui expulsado tres veces, descubriendo que mi poder habitual era inútil en ese punto. Entonces me convertí en un sincero seguidor.

»En aquella época, ¿que otra persona en el mundo podría haberme asestado un golpe sino Hakuin? Yo no valoro la grandeza de su virtud o la vastedad de su fama. No valoro la trascendencia de su percepción o su comprensión clara y directa en los complejos *koans* de los clásicos. No valoro sus explicaciones fluidas o sus exposiciones atrevidas. No valoro el número de sus seguidores. Sólo valoro el hecho de que donde todos los demás Maestros del país no pudieron hacer nada conmigo, Hakuin, por medio de sus rudas medidas, se las arregló para colocarme ante un callejón sin salida, posibilitándome al final acabar la Gran Obra.

»Obviamente, esta obra no es para nada fácil. Seguí a Hakuin durante cuatro años, cuando era

tan viejo que estaba a veces demasiado cansado para las entrevistas. Como consecuencia, acudí al Maestro Tōrei y aprendí sus más elevadas enseñanzas. Si Tōrei no hubiera estado ahí, nunca hubiera sido yo capaz de trabajar los últimos detalles.»

Severas medidas

Izu estudió zen con Hakuin durante mucho tiempo. Como instructor por derecho propio, Izu heredó las rudas maneras del temible Maestro Hakuin, pero era todavía más severo. Siempre que recibía a personas que preguntaban acerca del zen, tenía una espada desenvainada cerca de su asiento. Si dudaban o discutían, los echaba con ella.

Aprendiendo cómo aprender

Teishū era extraordinariamente agudo por naturaleza, y su erudición abarcaba a los clásicos religiosos y seculares. La única cosa que no podía entender era el principio del *I Ching* *, el antiguo *Libro del Cambio*.

* *I Ching, El Libro del Cambio*, Editorial Edaf, Madrid, 1993.

Deseando completar su aprendizaje, Teishū salió para Edo, la capital, para preguntar a los veteranos eruditos confucianos acerca del *Libro del Cambio*. A lo largo del camino, pasó por el templo del Maestro zen Hakuin. Como Hakuin era conocido como uno de los grandes Maestros del país, Teishū decidió buscar alojamiento allí y verlo.

Cuando se encontraron, Hakuin preguntó: «¿Dónde vas?» Teishū dijo: «A Edo.» Hakuin preguntó: «¿Para qué?» Teishū dijo: «No entiendo el principio de *El Libro del Cambio*, así que quiero escuchar las charlas de los viejos eruditos en la capital.»

Hakuin dijo: «*El Libro del Cambio* difícilmente puede ser entendido sin el poder de ver la esencia de la mente. ¿Por qué no permaneces aquí por un tiempo e intentas ver tu esencia? Si percibes la esencia de la mente, te expondré *El Libro del Cambio*.»

Teishū respondió: «Haré exactamente como decís.» Y permaneció allí con Hakuin para un trabajo intensivo. Cuando llegó el tiempo olvidó sus dudas y realmente despertó.

Una equivocación

Chōdō estudió zen con el Maestro Kogetsu y alcanzó el estado del Vacío.

En aquel momento la escuela del Maestro zen Hakuin estaba floreciendo, y buscadores de todo el país afluían hacia el gran instructor.

Chōdō quería ir y tener un debate zen con Hakuin, pero Kogetsu le aconsejó no ir. Chōdō no le escuchaba, así que Kogetsu dijo: «Si insistes, déjame escribir una carta de introducción.»

Así pues, Chōdō se encaminó hacia el lugar en que se hallaba Hakuin, llevando una carta de introducción de Kogetsu.

Chōdō llegó al templo en el que vivía Hakuin, justo en el momento en el que el gran Maestro estaba tomando un baño. Irrumpiendo directamente sin pedir permiso, Chōdō presentó su comprensión. Hakuin dijo: «Si eres así, no habrás llegado hasta aquí para nada, pero de momento tómate un descanso.»

Chōdō pensó que Hakuin lo aprobaba.

Cuando Hakuin emergió por fin de su baño, Chōdō fue a encontrarle formalmente presentándole la carta de Kogetsu.

Abriendo la carta del instructor de Chōdō, Hakuin descubrió que simplemente decía: «Este jovenzuelo no carece de alguna comprensión interna, pero es un hombre de poca talla. Ten la bondad de tratarlo convenientemente.» Hakuin inmediatamente gritó a Chōdō: «Tienes poca capacidad y un potencial inferior. ¿De que servirá considerar la realización de La Gran Obra?»

Habiendo visto rechazado su reconocimiento, Chōdō enloqueció de repente y nunca se recuperó. Regresó a su ciudad de nacimiento y construyó una pequeña sala de meditación donde practicaba la disciplina zen por sí mismo.

En los monasterios zen es tradicional observar una sesión especial de meditación * intensiva durante la primera semana del último mes del año, conmemorando la iluminación del Buda. Chōdō solía traer en estas ocasiones a niños monjes y a gatos a su sala de meditación y hacía que se sentasen a meditar. Cuando los gatos se iban, Chōdō los cazaba y los golpeaba por romper las normas. Hakuin solía lamentarse: «He enseñado a mucha gente, pero sólo me equivoqué en dos ocasiones: con Chōdō y con otro.»

Hablar y escuchar

Gettan solía decir a sus compañeros: «Cuando tenéis una boca habladora, no tenéis unos oídos escuchadores. Cuando tenéis oídos escuchadores, no tenéis una boca habladora. Pensad cuidadosamente sobre esto.»

* Rojatsu

La undécima hora

Chōsha solía participar en la sesión anual intensiva especial de meditación con el Maestro Hakuin cada año, aunque nunca lograba ningún resultado.

Finalmente, un año, Hakuin le dijo al final de la sesión: «Vienes aquí cada año, como un pato que entra en el agua cuando está fría. Haces un largo viaje en vano, sin obtener una pizca de progreso personal. No puedo ni imaginar cuántas sandalias de paja has gastado durante estos años haciendo este viaje. Yo no soy aquí de ninguna utilidad para torpes como tú, así que ¡no vengas más!»

Profundamente agitado, Chōsha pensó para sí mismo: «¿Acaso no soy un hombre? Si no penetro en la realización esta vez, nunca regresaré vivo a casa. Me concentraré en meditación hasta que muera.»

Fijándose un límite de siete días, Chōsha fue a un cobertizo de redes de pesca cerca de la costa.

Pero incluso después de siete días de estar sentado meditando sin comer ni dormir, Chōsha no había obtenido todavía nada. Ya no tenía ninguna otra cosa que hacer salvo ahogarse en el océano.

Quitándose su calzado según la manera tradicional del rito del suicidio, Chōsha penetró en

las olas. En ese momento, al ver el océano resplandeciente y la salida del sol en medio de un carmesí radiante, repentinamente quedó completamente vacío y totalmente despierto.

La túnica de piedra

Nadie conoce el verdadero nombre del Maestro zen al que llamaban el Monje de la Túnica de Piedra. Vivía solo en los alrededores del templo de Hakuin y solía acudir al gran Maestro de vez en cuando.

Individuo solitario, el Maestro era tan pobre que ni siquiera tenía su propia túnica. Durante las noches muy frías, solía caminar alrededor de su cabaña llevando una roca hasta que él entraba en calor. De esta manera, los lugareños empezaron a llamarle el Monje de la Túnica de Piedra.

Después desapareció. Nadie sabe donde murió, pero la roca que él solía llevar consigo está todavía frente a su cabaña.

Algo de nada

Una vez, con ocasión de un viaje, el Maestro Zenkō vio por casualidad un templo en ruinas que él pensó que debía ser restaurado.

Careciendo totalmente de recursos materiales por sí mismo, Zenkō escribió un gran letrero que decía: «Este mes, en tal día, el Maestro zen peregrino Zenkō llevará a cabo su propia cremación. Que acudan a mirar quienes den dinero para la leña.»

Zenkō colocó después sus letreros por aquí y por allá. Rápidamente las gentes del lugar empezaron a estar ansiosas de curiosidad y las donaciones empezaron a fluir.

En el día señalado, la gente se apiñaba en el templo, esperando que se encendiese el fuego. Zenkō se sentó en la pira funeraria, preparándose para inmolarse a sí mismo. Pidió que el fuego se encendiese a una señal suya.

Entonces, Zenkō entró en una meditación silenciosa. Pasó mucho tiempo. De repente, miró hacia el cielo e hizo señas de asentimiento con la cabeza. Después, se dirigió hacia la multitud, diciendo: «¡Escuchad, escuchad! ¡Hay voces en las nubes! Cuando estaba a punto de prepararme para expirar, todos los santos han dicho: “¡Es demasiado pronto para ti para pensar en dejar el desdichado mundo! Quédate en este mundo un tiempo y permanece en él para salvar seres.” Así pues, no puedo continuar hoy con la cremación.»

Luego, tomó el dinero que había sido donado y pudo restaurar con él el templo abandonado.

El budismo y el mundo

Cuando Satsume tenía 16 años se dijo a sí misma: «Aunque no soy muy guapa, afortunadamente mi cuerpo es saludable. Sin duda me casaré pronto; espero encontrar a un hombre apuesto.»

Entonces empezó a visitar cierto templo para orar y a citar un especial texto sagrado día y noche. Incluso mientras estaba cosiendo y lavando, las palabras del texto sagrado estaban constantemente en sus labios. Después de varios días de continua recitación, Satsume repentinamente experimentó el despertar de la percepción interna.

En cierta ocasión, su padre miró en su habitación y la vio sentada sobre una copia de una Escritura budista. Se alarmó, pensando que su hija podía haberse vuelto loca; con dulzura la amonestó: «¿Qué significa el que te sientes sobre una Escritura inapreciable? Seguramente serás castigada por la Verdad.»

Satsume respondió: «¿Qué diferencia hay entre esta maravillosa Escritura y mi trasero?»

Entonces, su padre pensó que esto era mucho más raro y fue a contárselo al Maestro zen Hakuin.

Hakuin dijo: «Tengo un método que le ayudará.» Escribió un corto poema que le pasó a su padre diciéndole: «Pega esto en la pared de tu

casa, en donde estés seguro de que ella pueda verlo.»

El poema decía:

*Oyendo la llamada
de un silencioso cuervo
en la oscuridad de la noche,
uno echa de menos a su padre
antes de nacer.*

El hombre tomó el poema e hizo con él lo que Hakuin había dicho. Cuando lo vio, Satsume dijo: «Ésta es la escritura del Maestro Hakuin. ¿Así que Hakuin sólo entiende tan poca cosa?»

Su padre pensó que esto también era extraño, y se lo contó a Hakuin. Hakuin dijo: «Trae a Satsume contigo. Le haré una prueba.»

Así, Satsume y su padre fueron a visitar a Hakuin. El Maestro zen hizo un cuestionario detallado a la joven, y Satsume respondió fluidamente. Hakuin, entonces, le presentó un par de *koans*. Satsume empezó a pensar sobre ellos, pero Hakuin dijo: «Ve, y concentra tu mente en ellos.»

Durante siete días, Satsume pasó varios niveles de *koans*. Hakuin, finalmente, le enseñó lo que está más allá [de los *koans* y de su resolución], pero Satsume se resistió y no lo aceptó. El Maestro zen la despidió.

Satsume fue despedida varias veces de esta manera. Cuando había pasado aproximadamente medio año, había superado lo que está más allá y había estudiado completamente las historias más intrincadas y difíciles de los clásicos. Ahora ella era un Maestro zen, aunque todavía no había cumplido los veinte años.

En este punto, el padre de Satsume empezó a buscarle un marido que la conviniese. Al principio, ella se negaba y no quería casarse, pero Hakuin la llamó y le dijo: «Ya has visto a través de la realidad iluminada, ¿por qué habrías de rechazar la realidad mundana? Es más, el matrimonio es un importante deber para hombres y mujeres. Sería mejor para ti que estuvieras de acuerdo con tu padre.» Fue así como Satsume se casó.

Después de que Satsume falleciera, el sucesor de Hakuin, Suiwō, dijo a sus discípulos: «Cuando nuestro anterior instructor estaba vivo, existían muchas mujeres seglares con una perfecta y clara percepción interna. Entre ellas estaba la Anciana Señora Satsu que había llegado más allá que los experimentados monjes zen.»

Cuando Satsume estaba en sus últimos años, se apenó profundamente por la pérdida de una nieta. El anciano que vivía en la puerta de al lado la reprendió: «¿Por qué haces duelo con tanto dolor? Si te oye la gente, se preguntarán cómo es posible que todavía actúes así después de haber estudiado con el Maestro zen Hakuin y alcanza-

do la comprensión de lo esencial. Por favor, modérate un poco.»

Satsume miró fijamente al viejo y replicó: «¿Qué sabes tú, calvo? Mis lloros y lamentos son mejor para mi nieta que el incienso, las flores y las velas.»

La tierra pura del mental puro

En cierta ocasión una mujer, cuyo nombre se ignora, asistió a una charla de Hakuin. En su charla, el Maestro zen dijo: «La tierra pura del mental puro, el Buda en su propio ser: una vez que aparece el Buda, todas las cosas del mundo irradian una gran luz. Si queréis experimentar esto, simplemente volved hacia vuestro propio corazón y buscad con determinación.

»Puesto que es una tierra pura del mental puro, ¿cuáles son los atributos de la tierra pura? Puesto que se trata del propio ser del Buda, ¿qué características y cualidades tiene el Buda?»

Al oír esto, la mujer pensó: «Eso no es demasiado difícil.» Al volver a casa, empezó a meditar sobre ellos día y noche, concentrando su espíritu, tanto en estado de vigilia como de sueño. Un día, cuando estaba lavando una cacerola, repentinamente comprendió.

Poniendo de lado la cacerola, fue a ver a Hakuin y le dijo: «He atravesado el Buda en mi

propio cuerpo. Todo irradia luz. ¡Maravilloso!» Estaba tan feliz que bailaba de alegría.

Hakuin dijo: «Eso es lo que tú dices, ¿y qué hay del pozo negro? ¿Acaso irradia luz?»

La mujer se levantó y dio una bofetada a Hakuin. «Este viejo todavía no ha llegado», dijo ella.

Hakuin estalló en una carcajada.

La aurora de la verdad

Genrō viajó por todo el Japón visitando a Maestros zen desde que tenía 19 años. Más adelante, pensó para sí mismo: «Los instructores son iguales en todas partes y guían al azar. No se puede confiar en ellos. Si permanezco en una comunidad, perderé un montón de tiempo en cosas triviales. Sería mejor para mí si viviera solo en un lugar desierto para meditar con resolución.»

Una tarde, mientras contemplaba la puesta de sol, Genrō reflexionaba internamente: «He pasado ya cinco años trabajando sobre el zen día y noche. Si paso mis días de esta manera, ¿llegaré a recorrer algún día todo el camino?»

Genrō se sentó entonces en una piedra y se sumergió en una intensa concentración. Sin darse cuenta se quedó allí sentado toda la noche. No siendo consciente del rayar del alba, Genrō

oyó repentinamente la campana de un templo distante. En ese momento su mente se abrió y alcanzó una gran iluminación.

En aquella época Genrō tenía 24 años y compuso un poema improvisado sobre aquel feliz evento:

*Al amanecer, en respuesta a la campana del tem-
[plo, el universo se abre;
la órbita del sol, brillante, procede del Gran Este.
Cuál sea la esencia de este principio, no lo sé.
Sin saberlo, mi quijada está llena de un vendaval
[de risas.*

Qué clase de guerrero

Seisetsu era una persona de lo más extraordinaria incluso desde su infancia. Siendo todavía un niño dejó su hogar y se hizo monje.

Una vez, el barón de la provincia llegó a visitar al Maestro del Templo en un viaje hacia la capital. Después de haber charlado un rato, el Maestro llamó al pequeño Seisetsu para que le masajeara la espalda, con el objeto de aliviar la fatiga de la jornada. El barón prometió al muchacho que le traería una túnica de monje cuando volviera de la capital el próximo año.

Cuando terminó la estancia del barón en la capital, se detuvo de nuevo para ver al Maestro

zen a su regreso a su fortaleza. El Maestro también hizo esta vez que Seisetsu masajeara la espalda al barón, y el muchacho preguntó acerca de la túnica.

«Lo había olvidado completamente», dijo el barón.

«¿Qué clase de samuray es éste», exclamó el muchacho, «que dice una cosa y hace otra»? Entonces le dio al barón un pescozón en la cabeza y se marchó.

El barón quedó profundamente impresionado por la extraordinaria capacidad del muchacho y dijo al Maestro zen que le cuidara de manera especial.

Posteriormente, Seisetsu estudió con Gessen y Gasan, y llegó a convertirse en uno de los instructores zen más temibles de todo el país.

Una vez, cuando Seisetsu pretendía reconstruir parte del monasterio donde había enseñado, cierto comerciante rico vino con 100 piezas de oro, diciendo que quería donarlas para la reconstrucción del proyecto. Seisetsu las tomó sin decir una palabra.

Al día siguiente el comerciante volvió a visitar al Maestro zen. Hizo la siguiente observación: «Aunque lo que he donado no es una enorme cantidad, constituye una donación excesivamente costosa para mí. A pesar de esto, no habéis pronunciado una sola palabra de agradecimiento. ¿Por qué?» Seisetsu gritó: «Estoy plan-

tando tu campo de bendiciones; ¿Por qué debería agradecértelo?»

El comerciante quedó muy aturdido. Se disculpó y dio las gracias al Maestro zen.

Rostro de acero

Buttsū y Genrō eran conocidos en todo el Japón como los dos Maestros zen más fieros de todo el país. Eran tan feroces en la manera de tratar a los buscadores que se les llamaba Genrō, el Lobo y Buttsū, el Tigre.

Nadie sabe de dónde procedía Buttsū o cuál era su nombre original. Algunos dicen que era originalmente un guerrero del Este de Japón. Estudió zen y al final completó la Gran Obra. En este poema sobre el despertar escribió:

Este asunto ha permanecido en mi mente dieciocho
[años;

¿Cuántas veces he obtenido poder,
mas, aun así, no podía dormir en paz?

Una llamada, una respuesta, y la claridad es
[completa:

He vomitado las entrañas del zen
que previamente aprendí.

Buttsū tenía un rostro de acero, severo y frío. Entrenaba a los estudiantes de zen con métodos

rigurosos, sin permitir que los sentimientos humanos entraran en absoluto en el proceso. Muchos buscadores que acudían a él no podían soportarlos y se marchaban.

En medio de la noche de su agonía, Buttsū miró alrededor y dijo: «¿Deberé partir ahora?» Poco después falleció sentado en postura de meditación, como si se hubiese quedado dormido.

Penetrar en el zen

Cuando Inzan tenía nueve años, cierto Maestro zen lo vio e inmediatamente se dio cuenta de que no era ordinario. El Maestro zen acudió a la casa del muchacho y persuadió a sus padres de que le permitieran hacerse monje.

Los padres se dejaron convencer fácilmente. «Nunca perteneció a este mundo», dijeron al dar su autorización para que el muchacho abandonase el hogar y entrara en una orden budista zen.

Cuando Inzan cumplió los 16 años, dejó su templo para buscar a un instructor que le condujese a la iluminación y liberación definitivas. Primero siguió a Bankoku, que enseñaba el método único del gran Maestro fallecido Bankei a una gran comunidad de seguidores. Tres años más tarde, acudió a Gessen, que era conocido por sus rudas maneras en sus métodos de enseñanza.

Cuando Inzan llegó al lugar de Gessen, el encargado del templo le informó de que no había plaza para más estudiantes. El encargado sugirió que Inzan era todavía demasiado joven y que ya tendría tiempo más adelante para una práctica intensiva de zen, y dijo que haría bien en ir a cualquier otro lugar para proseguir sus estudios académicos en el ínterin.

Pero Inzan estaba decidido a estudiar zen con el Maestro Gessen. Estuvo insistiendo durante siete días, llorando tan profundamente que al final le salían lágrimas de sangre. Viendo la sinceridad de Inzan y su determinación, el encargado se lo comunicó a Gessen, que accedió a ver al joven peregrino.

El Maestro zen Gessen preguntó a Inzan: «Tú pides insistentemente que se te permita permanecer aquí. ¿Qué quieres hacer?»

Inzan replicó: «Estoy aquí porque el asunto de la vida y de la muerte es importante, y la impermanencia es veloz.»

Gessen replicó: «Aquí en este momento no hay nada grande respecto a la vida ni nada grande respecto a la muerte. ¿Cómo podría parecer que la vida pasa tan rápidamente y que la muerte viene tan veloz?»

Inzan dijo: «Es precisamente esta libertad de la vida y de la muerte sobre lo que he estado reflexionando. Tened piedad de mí.»

Gessen dijo: «Eres joven, un simple niño. Si

quieres realmente practicar zen, tienes autorización para seguir adelante.»

Así, Inzan se unió a la comunidad, estudiando día y noche sin descanso.

Dos años después, a la edad de 21 años, Inzan participó en su primera sesión de meditación intensiva colectiva. Sintió que había realizado algo y fue a comunicárselo a Gessen.

El Maestro vio que algo era diferente en Inzan y le planteó una cuestión: «Yo no hablo sobre lo expresado ni sobre lo inexpressado; dame la respuesta.» Inzan intentó decir algo. Gessen señaló: «Al fin y al cabo, has caído en una conciencia intelectual», y lo despidió.

Inzan regresó a la sala de meditación aturrido y no hizo otra cosa que lloriquear y derramar lágrimas día y noche. Todo el mundo se reía de él y lo llamaba loco.

Una noche, en medio de un trance contemplativo, Inzan vio repentinamente el significado de «nada importante en la vida y nada importante en la muerte». Fue a decírselo a Gessen, que comentó: «Tienes razón, pero date cuenta de que esto es solamente un atajo temporal. No pienses que es suficiente. Si continúas haciendo progresos y no renuncias, algún día tendrás tu propia vida.»

En la primavera de su vigesimosexto año, Inzan dejó a Gessen y se fue a viajar con algunos compañeros para visitar a los distinguidos viejos Maestros zen de Kioto y del oeste de Japón.

Inzan se encontró con los viejos Maestros y les hizo preguntas para asegurarse de su propia comprensión del zen. Todos los Maestros le admiraron y le trataron amablemente. Nadie le regañó más, de manera que Inzan llegó a pensar que no había más Maestros iluminados en todo el país.

Inzan abandonó la zona. Cuando llegó al centro de Japón, fue a ver a un Maestro zen que vivía allí. Ese Maestro nombró a Inzan abad de un templo local.

En aquellos momentos, el templo no tenía mecenas, ni campos o huertas. Viviendo con satisfacción en una pobreza extrema, Inzan se estableció allí durante más de diez años.

Un día, sin embargo, un monje peregrino llegó a las cercanías del templo con noticias del Maestro zen Gasan, un graduado distinguido de la escuela de Hakuin, y dijo que tenía la mayor visión de sabiduría del país.

Inzan hizo su equipaje ese mismo día y fue a Edo, donde Gasan estaba dando charlas sobre *La historia del acantilado azul* a una audiencia de más de seiscientos participantes.

Cuando Inzan llegó, fue directamente a ver a Gasan. El gran Maestro le mostró su mano y preguntó: «¿Por qué se llama a esto una mano?» Antes de que Inzan pudieran replicar, Gasan mostró un pie y dijo: «¿Por qué se llama a esto un pie?» Cuando Inzan intentaba hacer alguna

observación, el gran Maestro Gasan daba una palmada y se reía estruendosamente. Quedándose sin habla, Inzan salió.

Al día siguiente, Inzan fue de nuevo a ver a Gasan. El gran Maestro le dijo: «Las personas que practican hoy día el zen, atraviesan los impenetrables *koans* de los clásicos jovialmente, sin haber hecho realmente ningún trabajo real. Ponen en verso los *koans*, o los citan, o añaden frases limitativas, o dan respuestas, hablando todos ellos a tontas y a locas, y al azar.

»Por ello, muchos pierden el espíritu de la Vía después de haberse convertido en abades. Aunque no tengan problemas, ninguno de ellos puede ser realmente un instructor. Es verdaderamente lamentable.

»Si quieres realmente practicar zen, abandona todo lo que hayas estudiado y alcanzado hasta ahora y busca la iluminación con determinación.»

Después, Gasan dijo a Inzan que trabajara sobre un *koan* avanzado que trataba de su problema concreto.

Inzan se retiró para meditar a un templo local del que nunca salía, excepto a buscar gachas y arroz al amanecer y al mediodía. Después de varios días así, de repente, una mañana, comprendió el significado del *koan*.

Volviendo apresuradamente a Gasan, le presentó su comprensión.

El gran Maestro quedó encantado. Después de este acontecimiento, encontrándose cada día con Gasan, Inzan hizo un estudio completo de las historias más enigmáticas y logró penetrar en los secretos internos del zen. Tenía entonces treinta y nueve años.

Posteriormente, Inzan se convirtió en un gran instructor zen por propio derecho, y su fama se extendió por todo el país. Tuvo numerosos y distinguidos discípulos y dejó una rica herencia espiritual. Después de su muerte, a la edad de sesenta y cuatro años, la Corte Imperial le recompensó con el título honorífico de Maestro zen, Lámpara de la Verdad, Luz de la Nación.

Satisfacción

Kansan dejó su hogar cuando tenía nueve años. Poseía una mente brillante y estudió a los clásicos budistas y confucianos. Inspirado por uno de los libros que había leído durante un tiempo, Kansan se dedicó al estudio y a la práctica del budismo esotérico en el oeste de Japón. Posteriormente fue a la capital, Edo, donde estudió con atención la ingente cantidad de cánones budistas.

Tras casi dos décadas de estos estudios, Kansan fue por fin a ver a un instructor zen. Bien

versado en prácticas budistas, Kansan alcanzó la maestría de las enseñanzas zen en dos años de trabajos intensivos.

A continuación, Kansan fue enviado a encargarse de la abadía de un templo al sur de Japón. Cuando llegó, se encontró con que la bebida y la jarana eran tan comunes en la zona que el mismo templo estaba acostumbrado a proporcionar a los visitantes vino, como si fuera una posada.

El mismo día en el que Kansan se hizo cargo formal de la abadía del templo, destruyó todas y cada una de las jarras de vino, los ceniceros y las mesas de servicio. A partir de entonces, a los huéspedes se les servía una simple taza de arroz blanco.

Tres años después, Kansan se retiró. Desapareció en las montañas, poniendo un letrero sobre la puerta de su cabaña que simplemente decía: «Satisfecho.»

El sonido de una mano aplaudiendo

Cuando Taigen era un joven, oyó que el gran Maestro zen Inzan no sólo era un budista iluminado, sino que también era un consumado erudito en la historia de la China antigua. Viajando directamente hasta la morada del Maestro zen a

la provincia del centro de Japón, Taigen pidió que se le permitiera estudiar zen con él y también escuchar sus charlas sobre los clásicos históricos.

Inzan dijo a Taigen: «Si puedes oír el sonido de una mano aplaudiendo, sólo entonces te daré una charla de historia.»

En ese momento, Taigen estaba realmente excitado. Se sumergió en una profunda meditación para resolver el misterio del sonido de una sola mano. Para apoyar su concentración, a veces se sentaba dentro de una profunda tina, y a veces escalaba lo alto de una montaña que se hallaba detrás de su cabaña para sentarse sobre un peñasco. En ocasiones se sentaba hasta el amanecer, sin siquiera darse cuenta de que había pasado toda la noche.

En esa época, Taigen moraba en una ermita a varias leguas del lugar donde se hallaba Inzan. Sin embargo, cada día iba a buscar consejo, aunque el camino estuviera cubierto con medio metro de nieve. En numerosas ocasiones, en medio de una gran nevada, se desmoronaba en el camino, transido de frío, y tenía que ser rescatado por los aldeanos.

Posteriormente, Inzan se trasladó a otro templo, y Taigen lo siguió allí para continuar su aprendizaje. Una noche, después de muchas más pruebas severas a manos del Maestro, Taigen experimentó finalmente la gran iluminación.

El amante de la naturaleza

Había una vez un barón que era extremadamente aficionado a los crisantemos. Tenía todo el jardín posterior de su mansión plantado de crisantemos, y pasaba mucho tiempo haciendo un gran esfuerzo cultivándolos. De hecho, el barón prestaba más atención a cuidar sus crisantemos que a su esposa y a sus concubinas. Muchos de sus criados eran castigados por romper sin querer algún capullo. En resumen, la pasión del barón por los crisantemos hacía que la vida fuese muy desgraciada para cualquiera que lo rodease.

En una ocasión, cuando un criado rompió accidentalmente un capullo, el barón, furioso, ordenó que lo encerrasen. Encolerizado por ese tratamiento, el criado resolvió hacerse el haraquiri, para protestar, según el código tradicional del guerrero.

Dio la casualidad de que el Maestro zen Sengai tuvo noticia de ello y se apresuró a intervenir, impidiendo que el criado cometiese suicidio por un asunto así.

No contento con una medida temporal. Sengai resolvió dar una solución permanente. Una noche de lluvia, cuando los crisantemos estaban totalmente abiertos, Sengai se introdujo en el jardín del barón con una hoz y cortó todos y cada uno de los crisantemos.

Habiendo oído un extraño sonido procedente del jardín, el barón miró afuera y vio a alguien allí. Precipitándose afuera, blandiendo su espada con gran inquietud, pidió saber qué es lo que Sengai estaba haciendo.

El Maestro zen respondió tranquilamente: «Incluso malas hierbas como éstas más adelante acaban por pudrirse si no se cortan.»

Entonces, el barón se dio cuenta de hasta qué punto había estado equivocado. Fue como despertar de un sueño. A partir de ese momento, nunca más cultivó crisantemos.

Un inocente

Yamamoto Yasuo fue un erudito de la antigua literatura japonesa y un experto en poesía del país. Lamentando el ocaso del culto imperial, escribió un libro llamado *La realidad de los dioses* y se suicidó como señal de protesta.

Hombre rico de elevada posición social, Yamamoto dejó tras de sí cinco hijos cuando murió: cuatro hijos y una hija. Su hijo mayor, un joven de espíritu libre, no tenía deseo de heredar la fortuna de la familia. Abandonándolo todo, dejó su hogar para estudiar zen, cambiando su nombre por el de Gran Loco.

A la edad de veintidós años, el joven mendicante salió de viaje para buscar a un instructor.

Habiendo encontrado a un Maestro zen que podía guiarlo, alcanzó la maestría de la enseñanza en pocos años de trabajo intensivo.

Después salió a viajar de nuevo, acudiendo a Maestros zen por todo el país, buscando más iluminación. Pasaron más de veinte años antes de que regresase a su provincia natal, donde construyó una cabaña. Era tan pobre que llevaba una túnica hecha de parches, vivía de gachas, y no tenía ningún bien, excepto un único cuenco que utilizaba para todo: desde hacer pasta de judías y cocinar las gachas, hasta lavarse las manos y los pies.

Este Maestro zen adoraba jugar con los niños. Allí donde fuese, reunía a un grupo para jugar al balón o al escondite. Una vez, cuando el Maestro estaba jugando al escondite, los niños se fueron a casa dejándolo donde estaba. Estuvo con los ojos cerrados hasta que cayó la noche, cuando alguien finalmente le preguntó qué es lo que estaba haciendo. Respondió que estaba jugando al escondite con los niños y esperando que alguien le encontrase. Ni siquiera se dio cuenta de que le habían gastado una broma.

Una vez, alguien le preguntó por qué le gustaba jugar con los niños. El Maestro dijo: «Me gusta su autenticidad, su ausencia de falsedad.» Como calígrafo famoso, con frecuencia venían a buscarlo y pedirle que escribiese, pero solía rechazar esta petición si no se sentía bien con la

persona. Sin embargo, siempre que los niños le pedían escribir algo, tomaba contento su pincel.

El Maestro solía decir a la gente: «Hay tres cosas que me disgustan mucho: la poesía de los poetas, la escritura de los escritores y la cocina de los cocineros.»

La primera piedra

Una vez, el Maestro zen Dairyo fue invitado a una fiesta en la casa de un rico propietario. Muchos otros monjes budistas estaban también presentes.

Alguien de la casa decidió gastar una broma a los monjes. A todos ellos se les sirvió pescado fresco, que les estaba prohibido comer a los monjes y monjas budistas.

Todos los monjes de la fiesta se abstuvieron de comer pescado fresco, excepto el Maestro zen Dairyo, que se lo comió todo como si no supiera lo que era.

Uno de los monjes disimuladamente tiró de la manga al Maestro y le dijo: «¡Eso es pescado fresco!»

Dairyo miró al monje y replicó: «Bueno, ¿y cómo sabes lo que es pescado fresco?»

Realidad y engaño

Zōbō sólo seguía estudios literarios hasta que alguien le advirtió que en ellos no se encontraba la verdad esencial. Entonces acudió a un Maestro zen y aprendió a contemplar el vacío.

Le llevó mucho tiempo a Zōbō alcanzar la realización. Más adelante, llegó al punto en el que estaba tan absorbido en la concentración que olvidó comer y dormir.

Una noche, cuando estaba tranquilamente sentado, sin darse cuenta Zōbō cayó dormido por el cansancio. Cuando su instructor zen le sacudió para despertarlo, de repente alcanzó la iluminación.

Zōbō tenía veintitrés años en aquel momento. Su instructor era estricto y no daba su reconocimiento a la gente fácilmente. Zōbō continuó el estudio intensivo durante más de diez años y, finalmente, completó la Gran Obra.

Como instructor por derecho propio, Zōbō era resuelto. Despreocupado de las convenciones sociales, se dedicó únicamente a la enseñanza del zen. Lamentando la degeneración de las escuelas zen, criticaba rotundamente la imitación de los Maestros zen y a los ignorantes seguidores del zen.

Zōbō tampoco hacía compromisos en su enseñanza privada y no admitía una comprensión

superficial. Muchos buscadores acudieron a su escuela, pero muy pocos fueron admitidos.

Cuando Zōbō falleció en 1840 apenas tenía sesenta años.

Al borde de la muerte, escribió un poema póstumo:

*¡Zōbō a los sesenta! He aquí mi estado real:
donde hay ocho nubes, orino hacia el cielo.
Es una maravilla, y también una pena:
no acabé con toda la imitación zen del mundo.*

Tras la muerte de Zōbō, el Emperador del Japón le otorgó el título de Maestro zen, Espejo Espiritual Que Brilla Solo.

Respeto

Fūgai encontró a más de diez instructores zen, pero su propia mente era tan aguda y libre que ninguno podía igualársele. Por fin, encontró al temible Genrō, el Lobo, y alcanzó la gran iluminación con una simple frase del gran Maestro zen. Después de lograr la maestría de las enseñanzas internas, Fūgai dejó a Genrō y desapareció en el anonimato para madurar su desarrollo espiritual.

Entre los sucesores de Fūgai se encontraba Tanzan, uno de los Maestros que sobresalían en

los primeros años de la época moderna. Tanzan era también extraordinariamente agudo y, en su juventud, había pasado por muchos de los predicadores zen de aquella época antes de encontrar al Maestro Fūgai.

Al contrario que su instructor Genrō que le precedió, el Maestro zen Fūgai era extraordinariamente cálido y amable. Tanzan, por el contrario, era corpulento y viril, temperamentalmente parecido más a su abuelo espiritual Genrō. Cuando Tanzan encontró por primera vez a Fūgai, tomó la suave gentileza del Maestro como un signo de debilidad y por dentro lo reconvino. Percibiéndolo, Fūgai planteó de repente una cuestión tan aguda que Tanzan empezó a transpirar con todo su cuerpo, completamente perdido buscando algo que decir. Entonces, Tanzan reconoció la maestría sin trabas de Fūgai y se convirtió en un verdadero discípulo.

Una vez, Tanzan vio la pintura de un tigre hecha por Fūgai. Hizo la siguiente observación: «Este tigre es como un gato, pero aun siendo así, posee su propia inviolable majestad.»

Sondear la fuente

Incluso siendo niño, Kokan deseaba evitar las obligaciones de los barullos mundanos. Tenía solamente siete años cuando dejó su hogar para

unirse a las órdenes budistas. Fue iniciado por el gran Maestro zen Tōrei, que le dio los preceptos y que había sido discípulo de Hakuin. En pocos meses, el joven Kokan ya era capaz de recitar las Escrituras, poesía zen, y los dichos registrados de los Antiguos Maestros.

Cuando Kokan tenía nueve años, su mentor le ordenó hacer una visita de cortesía a sus padres. Viajando solo por un sendero de montaña, Kokan resbaló y cayó en un río que se precipitaba hacia el valle.

Quitándose su túnica, Kokan se tendió a la orilla del sendero para secarse; después se sentó en una gran piedra, totalmente desnudo, esperando a que su túnica se secara. Al poco cayó dormido de cansancio.

Poco después, un leñador que pasaba por allí vio al joven durmiendo y lo despertó: «Eres un monje peregrino, ¿no es verdad?», preguntó a Kokan. «¿Por qué estás en este estado?»

El joven Kokan contó al leñador la verdad del asunto. Entonces, el leñador dijo: «Está por caer la noche. Hoy no podrás llegar a tu destino. Dirígete de regreso hacia la próxima aldea directamente; yo te escoltaré hasta allí.»

Kokan rió y dijo: «Si tengo un día que ser un hombre, ¿como puedo retroceder después de haber llegado hasta aquí?» Entonces se levantó, se puso la túnica y se puso en camino de nuevo, hasta que llegó por fin a su casa en medio de la

noche. Sus padres estaban muy sorprendidos, pero estuvieron a la altura de las circunstancias, aunque hicieron, sin embargo, la siguiente observación: «Tu instructor tiene estómago, al permitirte hacer el viaje solo. ¡Menos mal que tienes estómago para hacerlo!»

Cuando Kokan cumplió veinte años, Tōrei lo envió a ver al Maestro zen Gasan. Gasan dijo a Kokan que oyese el sonido de una mano aplaudiendo.

A continuación, Kokan fue a trabajar en la contemplación del sonido de una mano. Su duda concentrada fue tan intensa que se cayó como si estuviera llevando un gran fardo colina arriba.

En aquel momento era pleno invierno, y la temperatura era extremadamente fría. Como Kokan no tenía nada, excepto una simple túnica, Gasan se compadeció de él y pidió a uno de los mecenas seculares que le dieran ropa almohadillada. Kokan la aceptó como una cortesía pero no se la puso.

Kokan también ignoraba los numerosos lugares culturales de la capital del este, pero se negó a ir en recorrido de visita con los demás monjes. «Todavía no he logrado la maestría de mí mismo», decía. «¿Qué placer podría obtener de hacer excursionismo?»

Un día, cuando estaba paseando por el borde del jardín en meditación, de repente Kokan experimentó una gran iluminación.

Cuando contó a Gasan lo que había alcanzado, el veterano Maestro lo probó con varios *koans*. Resultó que Kokan tenía todavía algunos obstáculos. Gasan dijo: «Aunque tu entrada en la iluminación ha sido extática, todavía deberías examinar la fuente raíz del sonido de una mano con todo detalle.»

Después de esto, Kokan agudizó su práctica y concentró enormemente sus energías. Una vez había preguntado a Gasan a quién debería seguir para completar sus estudios zen cuando él muriera, y el viejo Maestro le había recomendado a Inzan. Entonces, Kokan fue a Inzan y trabajó intensamente en cultivar la purificación total.

Durante un largo periodo de tiempo alcanzó todos los secretos internos del zen y acabó la Gran Obra. Inzan le otorgó un reconocimiento formal de su maestría y le envió a encargarse de una ermita. Allí, Kokan pasó diecisiete años viviendo en la pobreza y puliendo su práctica del zen.

Durante ese intervalo de tiempo, frecuentemente experimentó estados de despertar. Una vez que había penetrado profundamente en la fuente raíz de todo, finalmente alcanzó a ver que existía una función mística especialmente elevada en la Escuela de Hakuin, y alcanzó una extraordinaria libertad en su experiencia cotidiana. Después enseñó a la gente según el propio potencial

individual de cada uno, y muchas personas se beneficiaron de su consejo.

Al igual que Gasan y otros grandes Maestros zen, Kokan declinó el honor de ponerse al frente de una abadía en un monasterio principal, prefiriendo trabajar solamente con buscadores sinceros. También devolvió un regalo de oro que le había sido dado por un barón, diciendo que no había practicado zen para ganar algún premio.

Un año, fallaron las cosechas de las provincias de la costa central, produciéndose una hambruna entre los campesinos. Kokan preparaba gachas para alimentar a la gente que huía del hambre mendigando por los caminos. Decía que ayudaba a un gran número de gente de esta manera.

Cuando Kokan estaba a punto de morir, su discípulo principal le pidió un poema póstumo. Él gritó: «¡Mi poema póstumo llena el universo! ¿Para qué preocuparse de la pluma y el papel!»

El discípulo dijo: «Aun así, tened la bondad, no obstante, de dejarnos otra expresión, una declaración de una realización todavía mayor, en beneficio de las futuras generaciones.»

Kokan sonrió entonces y escribió:

*Setenta y cuatro años
golpeando al oeste y golpeando al este.
¿La última palabra?
¡Chs! ¡Chs!*

Kokan solía guiar a la gente haciendo que descubriese «la fuente raíz del sonido de una mano aplaudiendo». Era un estricto instructor zen y rara vez dio su aprobación a alguien. Cuando murió en 1843, sólo dejó unos pocos sucesores para continuar su trabajo.

Tres clases de mendicantes

Gettan solía decir: «Existen tres clases de mendicantes. En primer lugar, están aquellos que enseñan a otros. En segundo lugar, están aquellos que mantienen los santuarios. En tercer lugar, están los sacos de arroz y las perchas. Los descendientes del fundador zen deben tomar conciencia total de su santuario y enseñar a los demás a perpetuar la vida de la sabiduría de los Budas. En cuanto a aquellos que no son más que sacos de arroz y perchas, son criminales del budismo.»

Mira dentro de tu mente

Kakushin fue a China a mediados del siglo XIII para estudiar zen. Allí encontró a un famoso Maestro zen que le preguntó: «¿Cómo te llamas?»

Kakusin le dijo al Maestro zen su nombre.

Dándose cuenta de que el nombre de Kakushin significa «Despertar de la Mente» o «Mente Despierta», el Maestro escribió un poema para el peregrino:

*La mente es el Buda,
el Buda es la mente:
la mente y el Buda,
siendo lo que son, están ahí
todo el tiempo.*

Después de que Kakushin regresase al Japón, el emperador Kameyama oyó hablar de su maestría zen y le invitó a enseñar en uno de los templos imperiales. Posteriormente, el emperador también invitó al Maestro al palacio para poder hacerle preguntas sobre el zen.

El profundo discurso del Maestro, su inmensa inteligencia y su elocuencia sin inhibiciones impresionaron al emperador Kameyama en un grado hasta entonces desconocido para él.

Dándose cuenta de la cualidad del budismo zen, el emperador convirtió la residencia imperial en un santuario zen.

El siguiente emperador, Go-Uta, también invitó a Kakushin a una villa imperial especial para que enseñase el zen. El Maestro dijo: «Los Budas entienden la mente; la gente ordinaria malinterpreta la mente. La fuente de todos los Budas es una; los reinos del no entendimiento y

del entendimiento están divididos. Sin depender de otro poder, puedes conocer por propia capacidad intrínseca. Si quieres llegar a la budeidad, debes mirar dentro de tu propia mente.»

Sin distracción

Utame tenía sólo quince años cuando recibió la primera instrucción de una monja zen iluminada, que le enseñó cómo penetrar en el ser interno.

Utame se sumergió en meditación día y noche, sin prestar atención a nada más. Incluso cuando se encontraba ante el espejo maquillándose, estaba internamente considerando la esencia de la mente. A veces, estaba tan absorta que olvidaba lo que estaba haciendo y simplemente se sentaba en silencio.

Después de esto, sus padres, que no tenían ninguna idea de lo que había tras la extraña conducta de su hija, empezaron a pensar que podía estar sufriendo una depresión o acercándose a una crisis nerviosa. Intentaban que ella saliera al teatro o de excursión a lugares paisajísticos, pero Utame no tenía deseo de ninguna de estas diversiones.

Finalmente, un día sus esfuerzos dieron su fruto y la mente de la joven se abrió a una gran iluminación.

Posteriormente, Utame se casó y tuvo cuatro hijos, dos niños y dos niñas. Su marido tuvo la desgracia de arruinarse, de manera que Utame empezó a coser para contribuir al mantenimiento de la familia. Vivió más de setenta años, falleciendo ulteriormente un día en un estado de serena tranquilidad.

Vencer a un matón

Descendiente de un famoso guerrero, Butsugai era fiero y valiente. Aunque tomó las órdenes budistas cuando tenía sólo doce años, Butsugai tenía el dominio del arco, el arte de montar a caballo, y de todas las demás tradicionales artes marciales. Extraordinariamente fuerte, podía hacer un agujero en un instante en cualquier cosa. A causa de su poder físico, se le llamaba el Monje con el Poder de Golpear.

A mediados del siglo XIX, Japón fue sacudido por luchas civiles. En aquella época la banda de cierto guerrero llamada la Nueva Elite llegó a Kioto, esperando alcanzar el poder y establecer un nuevo orden nacional. Este grupo de guerreros, pendenciero e inmoderado, se convirtió en el terror de la gente de la ciudad.

Un día, Butsugai estaba casualmente caminando por una calle de Kioto por el lugar donde la Nueva Elite había establecido sus cuarteles.

Atraído por el sonido de bastones de bambú con los que alguien se estaba batiendo, Butsugai se encontró mirando a través de la ventana.

En ese momento, algunos guerreros salieron y le preguntaron airadamente qué estaba haciendo allí. Butsugai se disculpó, diciendo que era sólo un monje que acababa de venir de las montañas. Los guerreros decidieron divertirse con ese monje y lo desafiaron a un duelo. «Cualquiera que nos espíe», insistieron, «debe conocer algo de artes marciales».

Butsugai no podía negarse. Entró en la sala de entrenamiento con los guerreros, que tomaron uno tras otro sus bastones de bambú para enfrentarse al monje harapiento.

Sin demostrar el más mínimo temor, Butsugai tomó su cetro ceremonial de hierro y, en unos minutos, hizo pedazos el bastón de cada uno de los atacantes; el monje budista había vencido a varias docenas de hombres.

Después de esto, el jefe de la banda de guerreros tomó una lanza y avanzó hacia él: «Tus habilidades son demasiadas para estos jóvenes caballeros», dijo a Butsugai, «pero ahora, yo, Kondō Isamu, te desafío a luchar».

Butsugai aparentó estar aterrorizado. Cayendo al suelo en un gesto de extrema humildad dijo: «¡Kondō Isamu! ¡He oído hablar de ti! Y se dice que eres un genio de las artes marciales. Un monje peregrino como yo apenas podría osar

desafiar a alguien como tú. Por favor, déjame partir.»

Aún más reforzado, el guerrero se negó a abandonar su desafío. Presionó a Butsugai hasta que éste, incapaz de poder evitar la pelea por más tiempo, tomó de nuevo su cetro de hierro y se colocó en pie para enfrentarse al jefe guerrero.

Kondō dijo a Butsugai: «Necesitas un arma. Toma un bastón de bambú, una lanza de madera, o lo que desees.»

Butsugai respondió: «Como monje budista, se supone que no debo tomar ninguna arma. Este cetro ceremonial me bastará.»

El guerrero no se lo permitía al monje. Insistió en que Butsugai utilizase un arma.

Siempre ingenioso, el monje zen sacó de su bolsa dos cuencos de madera. Agarrando uno en cada mano dijo al guerrero: «De acuerdo, ¡adelante! ¡Simplemente intenta lanzarme si puedes!»

Esta insolencia enfureció al jefe guerrero. En ese momento estaba decidido a abatir al monje con un solo golpe. Agarrando su lanza, buscó una apertura en la extraña defensa del monje.

El guerrero quedó paralizado y sin pestañear cerca de una hora incapaz de ver por dónde atacar. Después, debió pensar que había encontrado alguna apertura porque, de repente, golpeó con su lanza con todo el poder y rabia que pudo acumular, intentando destrozar la caja torácica del monje.

Evitando el ataque con gran agilidad, Butsugai inmediatamente cogió la lanza entre los dos cuencos, sosteniéndola como en una especie de tenaza.

A pesar de todos sus intentos, el jefe guerrero no podía liberar su lanza de la tenaza del monje mendicante. Aquél empujaba y tiraba hasta que se vio empapado en sudor.

Después de un buen momento, Butsugai soltó repentinamente la lanza con un grito penetrante. El guerrero cayó de espaldas y su lanza voló por detrás de él ocho o diez metros. Lleno de temor respetuoso y humillado, el jefe guerrero se inclinó ante Butsugai y dijo: «Tus habilidades son realmente extraordinarias, mucho mejores que las mías, ¿quién eres?»

«Soy un monje errante llamado Butsugai», respondió el budista zen.

«¡Así que eres el famoso Monje que Golpea!, exclamó el jefe guerrero a su ex adversario con el mayor de los respetos.

Después de este suceso, el nombre de Butsugai corría de boca en boca por toda la antigua capital. Cuando Butsugai acabó sus estudios zen se retiró para madurar su iluminación. No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que la gente que había oído hablar de él empezara a congregarse a su alrededor en grandes aglomeraciones para estudiar zen o artes marciales.

Había un espadachín famoso que encontró a Butsugai cuando era un joven que viajaba para estudiar artes marciales. Llamando a Butsugai, el joven samuray le pidió algo de enseñanza. Butsugai le preguntó: «¿Para qué has venido?»

El joven respondió: «He venido a morir entre los puños del instructor.»

Butsugai consideró que ésta era una respuesta notable y permitió que el joven se quedara por un tiempo. Butsugai lo presentó con un poema que decía:

*Incluso el poder del Espíritu Aullador:
una simple capa de red de mosquitos.*

Meditando sobre este poema, el espadachín relató posteriormente, después de haber llegado a ser conocido en todo el oeste del Japón, que había alcanzado la comprensión interna de la esencia oculta del jiu-jitsu, «el arte suave».

Butsugai se hizo tan famoso que muchos de los principales barones del oeste de Japón, lo invitaban a sus dominios, ofreciéndole los más escogidos templos como residencia. Butsugai los rechazó todos, permaneciendo en un pobre templo hasta que murió, llevando una túnica vieja y una vida satisfecha de austera subsistencia, sin buscar nunca nada más.

La mente de los sabios

En 1262, Hōjō Tokiyori, regente del Shogun, fue a ver al Maestro zen Funei. Aquél anunció: «Recientemente he percibido lo que no es impermanente ni permanente.»

El Maestro zen dijo: «El estudio del zen tiene exclusivamente por objeto la percepción de la naturaleza esencial. Si alcanzáis la percepción de la naturaleza esencial, entenderéis todo.»

El regente pidió: «Tened la bondad de enseñarme un método.»

El Maestro zen respondió: «No existen dos Vías en el mundo; los sabios no poseen dos mentes. Si conocéis la mente de los sabios, descubriréis que la esencia inherente es la fuente raíz de vuestro propio ser.»

El arte del arte

El Maestro zen Tetsuō era tan famoso por su pintura al pincel que mucha gente acudía a él sólo para estudiar arte. Siempre solía decir a sus futuros estudiantes: «Debéis recordar el dicho: “Si quieres evitar depender de la sociedad, no permitas que la crítica ni la alabanza perturbe tu corazón.” Cuando podáis cultivar vuestro arte sin dejar en absoluto en vuestro corazón nada

mundano, entonces la mente y la técnica madurarán de manera natural y podréis, más adelante, llegar a la sutilidad. Ésta es la guía para salir de la oscuridad y llegar a la luz.»

Una vez, un distinguido erudito confuciano y hombre de Estado acudió a visitar a Tetsuō. Observando al Maestro zen ejecutar una pintura, el erudito se dio cuenta de que cada movimiento del brazo y del pincel del Maestro estaba en conformidad con los principios clásicos de la caligrafía.

Cuando hizo esta observación, el Maestro zen explicó: «En lo que respecta a la exactitud de la mente, la caligrafía y la pintura son una. Cuando hago una pintura, si tan sólo un tallo o una hoja del bambú se desvía ligeramente de como debiera ser el trazo, rompo todo y lo tiro, pongo el pincel de lado, me siento tranquilamente y clarifico mi mente.»

Los textos zen

Kaigan defendía el estudio de los textos budistas y zen, descuidado a mediados del siglo XIX. Mucha gente pensaba que él era simplemente un erudito, sin darse cuenta de que era un Maestro zen iluminado.

Kaigan estudió primero las Escrituras budistas con el gran Maestro zen Sengai. Después

estudió meditación zen con Seisetsu y Tankai. Kaigan completó su estudio zen con Tankai y fue reconocido como sucesor.

En cierta ocasión, Kaigan fue a Kioto a estudiar en las academias de las demás escuelas de budismo. Molesto por lo que encontró, Kaigan escribió:

*En el puente de la Quinta Avenida,
vuelvo mi cabeza y miro;
este, oeste, sur, norte,
muchos son los monjes ignorantes.*

Posteriormente, el Maestro zen Dokuon explicó: «Toda la gente de su época consideraba a Kaigan como una persona de una amplia instrucción con una poderosa memoria. Y esto es ciertamente verdad.

»Sin embargo, también tuvo tres instructores zen y descubrió los secretos más profundos del zen, recibiendo al final el sello de aprobación del Maestro zen Tankai. La gente de su época pensaba que Kaigan era un instructor del budismo doctrinal, pero esto no es verdad.

»De lo que Kaigan estaba preocupado era de que había muchos seguidores del zen con intelectos estériles y pocos que entendieran los principios de la Enseñanza. Fue por esto por lo que se concentró en predicar los textos zen, con el objeto de desarrollar y guiar a los jóvenes buscadores.

»La atención de Kaigan se centraba en rescatar a la gente de la decadencia de los tiempos. No tenía tiempo de prestar ninguna atención a otras cosas. Esto es precisamente lo que le hizo grande.»

Elegancia

El Maestro zen Tetsuō escribió las siguientes palabras en el letrero del hogar en el que hacía el fuego:

«Sé justo y honrado, consciente de los principios de la naturaleza, compasivo y generoso con los demás, libre de codicia, satisfecho. Lleva a cabo tus tareas cotidianas correctamente, sin error. Hazte cargo de las cosas sin apegarte a ellas.

»A ser libre de los sentimientos ordinarios sobre los objetos mundanos se le llama la elegancia de los clásicos. No encontramos esto entre la gente de moda actual. Por esta razón, cierro mi puerta y no admito visitantes.

»No tengo una elevada reputación, ni deseo un nombre famoso. Para vivir como quiero, desdén la incompetencia y deseo únicamente completar lo que es natural completar. No soy el instructor de nadie. Las personas que intentan aprender de mí están locas. Por esto estudian mi locura y no estudian mi corazón.»

Resolución

Settan se hizo monje cuando sólo tenía diez años. Un día decidió viajar para encontrar un verdadero guía, y pidió a su mentor permiso para abandonarlo. Su mentor se negó.

Determinado a encontrar la Vía, Settan decidió partir sin decírselo a nadie y se fue, colgando una nota en la puerta del templo que manifestaba: «Hasta que alcance la Vía, nunca entraré por esta puerta de nuevo.»

Intentando abrirse camino hasta la comunidad del Maestro zen Tōrin, Settan se sentó a meditar día y noche. Tōrin era uno de los pocos instructores iluminados que quedaban en aquellos días, y su método era severo e impredecible.

Un día, Settan decidió por fin que no tenía más tiempo que perder. Subiéndose a lo alto de un edificio, hizo el voto de que no volvería a bajar vivo a menos que alcanzase la iluminación esa noche.

Sentado en profunda meditación durante toda la noche, al alba Settan no lo había logrado todavía. Levantándose disgustado, se encaminó hasta el borde para saltar del edificio y morir.

De repente, cuando estaba a punto de saltar, oyó el canto de un gallo. En ese momento la mente de Settan se abrió y él se iluminó.

Desbordado de alegría, Settan se apresuró hacia el instructor. Cuando el Maestro Tōrin lo vio, inmediatamente afirmó: «¡Has atravesado el umbral!»

El buen corazón

El seglar Sasaki Doppo estudió zen con Ganseki. Posteriormente contaría cómo había preguntado a su instructor: «¿Qué es el Buda?» Ganseki replicó: «El buen corazón es Buda.»

El seglar añadió: «Lo más fundamental en el mundo humano es un buen corazón. Por ello, a la mente ordinaria se le llama la Vía.»

También expresó estas ideas en un poema sobre el sintoísmo, la religión del espíritu:

*La corrupción conocida como tabú
es fabricada por la mente humana;
las personas que conocen la mente divina
son en sí mismas divinas.*

También escribió:

*El sol: mis ojos;
el cielo: mi rostro;
mi respiración: el viento;
montañas y ríos
se convierten en mí.*

Un poeta

Jōsō, el monje budista, era discípulo del famoso Maestro de *haikus* Bashō. Sus prácticas religiosas y sus logros generalmente se mantenían en secreto, y principalmente era conocido sólo como poeta.

Siendo originalmente un samuray, Jōsō era heredero de cierta baronía. Como primogénito, se suponía que heredase los dominios de su padre, pero quería mucho a su madrastra y arregló todo para que el hijo de ésta, su hermanastro, heredara en su lugar la herencia de la familia.

En el Japón feudal no era posible tomar una decisión así de manera arbitraria. Hiriendo a propósito su mano derecha, Jōsō se retiró del servicio oficial a causa de su discapacidad, afirmando que no podía empuñar la espada. No siendo apto para ser guerrero, tampoco estaba cualificado para convertirse en la cabeza de una casa samuray.

Fue así como el poeta Jōsō se liberó de los asuntos mundanos para convertirse en un monje zen. Tras la muerte de su instructor, Bashō, se recluyó en una cueva durante tres años, en donde escribió toda una Escritura budista sobre guijarros, que apiló para formar un tradicional «montículo ritual». También escribió un libro de consejos para sacerdotes y gente ordinaria; aun-

que estaba lleno de pensamientos elevados, lo tituló *El Libro Gandul*.

Para conmemorar la ocasión de su retiro del mundo, Jōsō compuso este poema de estilo chino clásico:

*Habiendo llevado su casa
sobre la espalda durante años,
un caracol se convierte en babosa
y con ello obtiene su libertad.
En la casa ardiendo,
su mayor miedo era
que su saliva se secase:
ahora, buscando la lluvia de la religión,
entra en una colina arbolada.*

El ex abad

En otro tiempo, Yūren había sido el abad de cierto templo en Edo, la capital del tercer Shogunado. Sin embargo, estaba tan inspirado por sus lecturas de biografías de eminentes budistas de antiguos tiempos que decidió dejar su puesto, para continuar trabajando en su propio desarrollo espiritual.

Tras dejar una carta en la que afirmaba que estaba enfermo y que era incapaz de llevar a cabo sus obligaciones como abad, Yūren viajó solo en secreto hasta Kioto, antigua capital y centro de la cultura tradicional.

Permaneciendo en distintos lugares en la zona de Kioto, Yūren nunca acumuló ninguna posesión en toda su vida. Día y noche cantaba las invocaciones budistas y componía poesía en su tiempo libre entre los ejercicios religiosos.

Yūren no poseía un solo libro de poesía. No tenía ninguna idea de cómo adornar su lenguaje y simplemente expresaba sus pensamientos. Pero por esta misma razón su poesía tenía una cualidad de autenticidad directa que la apartaba de la multitud.

Una vez escribió un poema como pie de un cuadro en el que se veía una hermosa mujer mirando una calavera:

*Ahora, ciertamente,
no cogerás ya el espejo
en el que mañana y noche
te estuviste mirando,
al contemplar que ésta
es tu verdadera apariencia.*

Escribió varios poemas con simples letras como título, entre ellos el siguiente:

*Mirando sobre los campos,
veo el desconocido humo
elevándose hoy de nuevo.
¿De qué cuerpo serán
las cenizas mañana?*

Este poema versa sobre un pato que vuela
atravesando por delante de la luna:

*Aunque el pato
pasa volando y graznando,
mi corazón permanece
en la nocturna luna de otoño.*

Una vez, cierto sacerdote que había estado
viviendo en habitaciones que le habían dejado en
un templo, accidentalmente causó un incendio
que lo quemó. En esa ocasión, Yūren escribió:

*Utiliza una ocasión así para probar
la definitiva esencia incommovible
del habitualmente inmutable espíritu.*

A petición de alguien que iba al servicio de
un noble, Yūren escribió:

*Cuando te dirijas hacia la buena fortuna,
no olvides recordar
que el mundo es inconstante.*

Ésta fue la canción de Yūren a los espíritus:

*Aunque no tengo nada que pedir
para el yo que he abandonado,
dejadme orar a los espíritus
por el sendero del corazón.*

La religión original

El gran sacerdote Tsū-an era por nacimiento un hombre del pueblo. Era un hombre generoso, justo y honrado. No sólo estudiaba zen, sino que también era versado en el refinado arte de la ceremonia del té, la fabricación de incienso, el arreglo floral y otras disciplinas similares.

Tsū-an también estudió medicina. Aunque su instructor estaba especializado en la combustión de moxas, él decidió, por su parte, viajar por todo el país para examinar y comprobar los efectos de varios manantiales de agua caliente. Localizó dos lugares donde el agua era extraordinaria, pero estaban en zonas muy remotas, así que desarrolló un método de tratamiento con agua ordinaria que producía efectos similares. Imprimió y distribuyó esta fórmula como un acto de caridad.

El vigor mental y físico de Tsū-an no decayó cuando envejeció. Era una persona deliciosa y refrescante. Una vez, un ama de casa de su localidad estuvo enferma durante años, atormentada por un fantasma. Durante ese tiempo, siempre que llegaba un médico, ella se enfurecía como una salvaje y gritaba tales insultos que ningún doctor se atrevía a acercarse a ella. Sin embargo, cuando llegaba Tsū-an, aunque la mujer estuviera en su habitación enferma, siempre era cons-

ciente de su presencia desde el instante en que él cruzaba el umbral de la casa. Se quedaba terriblemente aterrorizada y se sometía dócilmente a su examen.

Tsū-an murió en 1750, a la edad de ochenta años. El mediodía del día en que falleció, tomó su propio pulso y declaró que su vida acabaría antes de que pasase una hora. Y así sucedió: murió antes de que pasase la hora, dejando tras sí su poema de despedida:

*La religión original
se realiza sin comienzo.
Ahora que mis ojos se cierran para siempre,
mi esencia es verdadero vacío.*

Curar la enfermedad del zen

Cuando el Maestro zen Hakuin era joven, al igual que muchas personas, alcanzó una comprensión interna parcial antes de lograr la total liberación. Por ello se decidió a hacer un esfuerzo intensivo para lograr un salto completo.

Después de un mes de extenuante ejercicio, Hakuin alcanzó el punto en el que se olvidó de comer y dormir. Al final, su corazón y sus pulmones estaban seriamente afectados y tenía un constante silbido en sus oídos y frío en los pies.

Debilitado y padeciendo ansiedad y alucinaciones, Hakuin se alarmó; buscó tratamiento médico, pero no le sirvió de nada. Finalmente, alguien le habló de un hombre llamado Hakuyūshi, «el Eremita Puro», que vivía en una cueva de las montañas al este de Kioto.

Se pensaba que Hakuyūshi tenía más de doscientos años. Externamente parecía un anormal. Como vivía adentrado en las montañas, no le gustaba tener visitantes. Siempre que alguien llegaba buscándole, invariablemente huía. La gente local lo consideraba raro. Era un experto en astronomía y también era muy versado en artes médicas. Si la gente buscaba sinceramente respuestas de él, a veces decía algo que, cuando se reflexionaba, siempre resultaba ser de gran utilidad.

Hakuin dejó Kioto para ver a Hakuyūshi en el invierno de 1710. Adentrándose en las montañas que se hallan en los alrededores del este de la antigua capital, pidió indicaciones a los leñadores. Hundiéndose en la nieve, andando entre peñascos, tras mucha dificultad llegó a una cueva con unos juncos colgados que tapaban la entrada.

Mirando a través de la rendijas, Hakuin vio a Hakuyūshi sentado con los ojos cerrados. Tenía un pelo negro que le llegaba hasta las rodillas y una complexión saludablemente vigorosa. En una mesa había tres libros: un clásico confucia-

no, un texto taoísta y un texto sagrado budista. A la vista no había por ningún lado utensilios ni lecho. Toda la atmósfera era de pureza y trascendencia, más allá del reino humano.

Tímidamente y nervioso, Hakuin contó al eremita sus síntomas y pidió su ayuda. Al principio, Hakuyūshi fingió ignorancia y se excusó, pero ante las demandas serias e insistentes de Hakuin, al final accedió a examinar sus signos vitales.

Después de haber hecho su examen, el eremita frunció el entrecejo y dijo: «Tú te lo has buscado: el exceso de meditación ha producido estos graves síntomas. Temo que nadie pueda curarte con tratamientos habituales de acupuntura, moxa y medicación. Has sido mutilado por la contemplación interior. Si no te esfuerzas por reconstruir los efectos positivos de la contemplación interior, nunca te pondrás bien. Esto es lo que significa el dicho: “Alguien que se cae al suelo debe levantarse de él”.»

Hakuin manifestó que dejaría la meditación zen para poder curarse de su enfermedad. Hakuyūshi sonrió y dijo: «La meditación zen no es nada especial. En general, la meditación es la meditación correcta cuando no hay “meditación”. Demasiada meditación es meditación errónea. Enfermaste a causa de demasiada meditación; ahora deberías utilizar la no meditación para curarte.»

Después, el eremita dio instrucciones a Hakuin sobre métodos auténticamente correctos de meditación pura, citando las Escrituras budistas y la sabiduría popular zen. También mencionó una maravillosa técnica para aliviar la tensión y fatiga mental, que él afirmó que se encontraba en los escritos antiguos. Hakuin le pidió detalles.

Hakuyūshi explico: «Cuando te sientas enfermo durante los ejercicios de concentración, debes elevar la mente para hacer la siguiente visualización. Imagina una bola de mantequilla blanda pura y fragante encima de tu cabeza. Su aroma sutilmente refresca toda la cabeza, después gradualmente fluye a los hombros, pecho, pulmones, hígado, estómago e intestinos, y sigue hacia abajo por la espina dorsal hasta las caderas. A continuación, la congestión de tu pecho fluirá hacia abajo como agua, descendiendo a través del cuerpo por las piernas hasta la punta de los pies, donde se detendrá.

»Imagina después que la penetrante humedad del flujo que queda se acumula, y que toda clase de medicinas aromáticas se funden juntas en un tónico que empapa e impregna el cuerpo desde la región umbilical hacia abajo.

»Al hacer esta visualización, todo consiste simplemente en una manifestación de la mente, así que olerás una exquisita fragancia y experimentarás una sutil y blanda sensación táctil en tu cuerpo. Tu cuerpo y tu mente se encontrarán

cómodos y en armonía. La congestión se disolverá, tus vísceras estarán tonificadas, tu piel se volverá lustrosa y obtendrás mucha energía y fuerza.

»Si persistes en este ejercicio, te recuperarás físicamente y te elevarás mentalmente. El que el efecto tenga lugar lenta o rápidamente depende por completo de lo diligente que seas.

»En el pasado tuve muchas enfermedades, mucho peores que las tuyas. No obstante, utilizando este método, fui capaz de aliviar la mayoría de mis padecimientos crónicos en un mes. Ahora vivo en estas montañas sin miedo al frío o a sufrir hambre. Todo esto se debe al poder de esa visualización.»

Hakuin se fue tras recibir estas instrucciones. Después de tres años de práctica, su enfermedad se curó. No sólo se alivió de su enfermedad, sino que también fue capaz de penetrar en sus dudas. Alcanzó un gran éxtasis varias veces y tuvo numerosas comprensiones extáticas. Vivió una muy entrada ancianidad, atribuyendo su salud y su fuerza a los efectos residuales de las técnicas que había aprendido del eremita Hakuyūshi.

Zen en la vida cotidiana

Man-an escribió a un funcionario del gobierno: «Las personas de cualquier condición tienen

toda clase de cosas que atender. ¿Cómo podrían tener tiempo de sentarse silenciosamente todo el día en tranquila contemplación? Aquí hay instructores zen que se las han arreglado para cultivar esta concentración en meditación en posición sentada; enseñan el retiro y la quietud deliberadas, evitando los centros de población, afirmando que “la concentración de la meditación intensiva no puede alcanzarse en medio de la profesión, los negocios y el trabajo”, haciendo de este modo que los estudiantes utilicen sus mentes de manera errónea.

»La gente que escucha esta clase de discurso piensa, en consecuencia, que el zen es algo difícil de hacer y arduo de practicar, olvidan así la inspiración de cultivar el zen, abandonan la fuente e intentan escapar una y otra vez, convirtiéndose en algo parecido a los trabajadores emigrantes de más baja condición. Esto es verdaderamente lamentable. Aunque tengan profunda aspiración debido a alguna causa del pasado, llegan al punto de descuidar sus trabajos y pierden sus virtudes sociales en aras de la Vía.

»Como dijo un clásico, si la gente estuviera hoy día deseosa de iluminación como lo está de abrazar a sus amantes, entonces, por muy atareadas que fuesen sus vidas profesionales y por muy lujosas que fuesen sus moradas, no dejarían de alcanzar la concentración permanente que conduce a la aparición de la Gran Maravilla.

»Muchas personas, tanto de la antigüedad como de los tiempos actuales, han despertado a la Vía y han visto la naturaleza esencial en medio de la actividad. Todos los seres, en todos los tiempos y lugares, son manifestaciones de una sola mente. Cuando la mente surge, toda clase de cosas surgen; cuando la mente está en silencio, todas las cosas están en silencio. Cuando la única mente no ha nacido, todas las cosas son irreprochables. Por esta razón, incluso aunque te encuentres en lugares tranquilos y serenos, adentrado en las montañas, y te sientes silenciosamente en tranquila contemplación, mientras que el camino del caballo de la mente-mono de la conceptualización no haya sido cortado, estarás desperdiciando el tiempo.

»El Tercer Patriarca del zen dijo: “Si intentas detener el movimiento y alcanzar la tranquilidad, esta detención causará todavía más movimiento.” Si intentas buscar la verdadera calma erradicando los pensamientos casuales, apalearás tu espíritu vital, disminuyendo tu energía mental y enfermarás. No sólo esto, te volverás olvidadizo y distraído y caerás en un lamentable aturdimiento.»

Ningún desperdicio

Una vez, el Maestro zen Settan fue invitado a cierto monasterio para dar una charla sobre un

texto clásico zen. El barón de la provincia escuchaba la charla, sentado detrás de una pantalla.

Cuando Settan subió a la tribuna y vio la pantalla, gritó: «¿Quién es ese imprudente individuo, que está escuchando detrás de una pantalla? ¡En mis charlas no hay desperdicios, así que no hay necesidad de un tamiz! A menos que saquéis esa canasta de aventar de ahí, no habrá charla hoy.»

Todas las personas del público palidecieron. El barón estaba extremadamente avergonzado. Disculpándose ante el Maestro zen, hizo que se quitase de en medio la pantalla y se sentó a escuchar la charla con todo el mundo.

Líneas directrices

Settan escribió una vez una serie de líneas directrices para los monasterios zen: «Un clásico dijo que el estudio del zen exige tres cosas esenciales. Una es una gran raíz de fe. La segunda un gran sentimiento de asombro. La tercera es una gran determinación. Si falta uno de estos tres elementos, sois como un trípode al que le falta un pie.

»Aquí no tenemos estipulaciones especiales. Sólo exijo que reconozcáis claramente que todo el mundo posee una naturaleza esencial que puede ser percibida, y que existe una verdad esencial

que todo el mundo puede penetrar; sólo entonces continuará vuestra determinación. Pero hay dichos sobre los que maravillarse. Si las personas se van medio despiertas y medio conscientes, no pueden realmente tener éxito en zen. Es imprescindible ser cuidadoso y determinado.»

Instructor de una nación

Shōichi viajó a China en 1235, donde aprendió los secretos del zen de uno de los grandes Maestros de la época. Después de regresar a Japón en 1241, Shōichi empezó a enseñar zen en el sur rural. En 1243 fue invitado a Kioto, la capital imperial, por el distinguido cortesano Fujiwara Michiie. Murió en 1280 a la edad de setenta y ocho años.

Cuando Shōichi encontró al emperador Gosaga en 1245, se presentó ante él con una copia de *La historia de la fuente del espejo*, un inmenso tratado de enseñanzas budistas compiladas por un famoso Maestro zen chino del siglo X. El emperador solía leer este libro cada vez que tenía tiempo libre. Cuando lo acabó, escribió en la parte de atrás del texto: «Habiendo recibido este libro del Maestro Shōichi, ahora hemos visto la naturaleza esencial.»

Cuando el cortesano Fujiwara Michiie le pidió instrucción zen, Shōichi dijo: «Es un asun-

to de poseer un decidido poder de voluntad, así podéis ser Maestro en medio de toda clase de diferencias y distinciones.»

El loto en el fango

Torio Tokuan dijo: «No os consideréis a vosotros mismos elevados en comparación con la gente ordinaria. Aquellos que son ordinarios simplemente surgen y decaen en el camino de la fama y del provecho, sin practicar la Guía de seguir la Vía.

»Sólo son merecedores de piedad, no se les desprecia ni se tiene resentimiento hacia ellos. No dejéis que surjan pensamientos críticos comparándoos con ellos. No dejéis que surjan ideas de superioridad e inferioridad.

»Ésta es la actitud que se requiere para entrar en la Vía de los sabios y santos, Budas y Bodhisattvas. Por tanto, nos colocamos en la condición de la gente ordinaria, asimilando lo ordinario, al mismo tiempo que nuestra voluntad está en la Vía e investigamos sus maravillas.»

La gran muerte

Itachi Jitoku era un caballero al servicio de cierta baronía, cuando cayó en desgracia de un

burócrata altamente situado por hablar demasiado franca y directamente. Como consecuencia, fue relevado de sus funciones y encerrado en un castillo.

Durante trece años, Jitoku se sentó en una habitación, indiferente a las privaciones de su cautividad. Las leyes de la baronía no permitían a los prisioneros material de lectura excepto textos budistas, así que Jitoku tomó una copia de todos los cánones y empezó a leerlos uno por uno, pasando su tiempo absorbido en el océano de las enseñanzas budistas.

Al final, Jitoku fue perdonado y restablecido en su antigua posición. Teniendo ya más de sesenta años, fue a visitar al conocido Maestro zen Ekkei para profundizar su comprensión.

Tan pronto como Jitoku atravesó la puerta, el Maestro zen saltó sobre él y lo golpeó.

El caballero estaba encolerizado. Nunca antes nadie lo había golpeado, ni siquiera su propio padre. Acudió a Dokuon, otro Maestro zen, y lleno de cólera declaró su intención de desafiar a Ekkei a un duelo a muerte.

Viendo que el caballero iba en serio, el Maestro zen Dokuon sonrió y dijo: «El viejo Ekkei siempre ha estado deseoso de dar su vida en aras de la verdad. Aunque lo mates, estoy seguro de que no estará resentido. Sin embargo, simplemente intentó ayudarte. ¡No conoces qué poder tiene en su puño! Si lo matas sin una buena

razón, no será sino un asesinato. ¿Por qué no reflexionas e intentas lograr una comprensión que trascienda los esquemas? Estoy seguro de que verás hasta qué punto Ekkei fue amable contigo.»

Sintiendo que algo se había ablandado, Jitoku siguió el consejo de Dokuon y fue a su casa a meditar. Durante tres días y tres noches concentró toda su energía hasta que finalmente alcanzó la Gran Muerte del zen, en la que las barreras del ego se disuelven.

Volviendo a visitar a Dokuon, Jitoku dijo: «Ahora me doy cuenta de que Ekkei estaba realmente reprimiendo sus golpes. Si le hubiera dejado que me golpease a muerte, ¡sin ninguna duda hubiera alcanzado una mayor comprensión!»

El zen y el mundo

Cuando en 1866 el emperador de Japón otorgó al Maestro Gisan un título honorífico, éste respondió con estos poemas:

LA HUMANIDAD Y LA LEY

*Autoayuda y ayudar a los demás:
este trance mío
es fiel en casa, leal en público,
nunca oscurecido en los asuntos cotidianos.*

EL BENEFICIO DEL BUDISMO PARA LAS NACIONES

*No mates, y la vida será suficiente;
no robes, y los bienes serán abundantes.
Qué excelentes son las enseñanzas morales:
enriquecen a las naciones y estabilizan las fami-
[lias.*

PROTEGER LA NACIÓN

*Lo que sea malo, no lo hagas;
lo que sea bueno, realízalo:
entonces se armonizará lo de arriba y lo de abajo,
y no competirán lo bueno y lo malo.*